

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Facultad de Medicina

Escuela Universitaria de Tecnología Médica

Licenciatura en Psicomotricidad

La función de la “llamada”

Consideraciones acerca de la risa como un recurso (personal) del Psicomotricista

Tutora: María Isabel Barthesagui

Estudiante: María Noel Llanes

Montevideo/Uruguay

Mayo 2003

INDICE

| | |
|--|-----------|
| INTRODUCCION..... | 3 |
| MARCO CONCEPTUAL..... | 7 |
| 1. ACERCA DE LA RISA..... | 10 |
| Significado corporal de la risa..... | 12 |
| Risa y placer..... | 15 |
| Risa y placer sensoriomotor..... | 17 |
| Risa y ansiedad..... | 20 |
| La expresión de la risa ansiosa..... | 21 |
| 1.2. LA RISA EN AL REGULACIÓN DEL VÍNCULO..... | 23 |
| La risa compartida..... | 24 |
| La sonrisa (entre) la madre y el hijo..... | 28 |
| La risa en el desarrollo cognitivo..... | 35 |
| 2. EL IMPREVISTO Y LA RISA EN SALA DE PSICOMOTRICIDAD... 40 | 40 |
| Un recurso (personal) del psicomotricista..... | 42 |
| Presentación del juego de la montaña | |
| 2.1 VIÑETA | |
| La excitación previa a la risa..... | 44 |
| La desaparición de la risa..... | 47 |
| El imprevisto en el juego..... | 49 |
| El traje que se desarma..... | 50 |
| La escucha del psicomotricista..... | 51 |
| La seriedad del juego..... | 52 |
| 3. Anexo: UN SIGNIFICADO CULTURAL PARA LA RISA..... | 54 |
| REFLEXIONES FINALES..... | 62 |
| BIBLIOGRAFÍA..... | 65 |

INTRODUCCIÓN

Este trabajo fue elaborado en el transcurso de una búsqueda cuyo objetivo es ahondar en el conocimiento de una modalidad de comunicación primitiva y arcaica que despliegan los seres humanos cuando ríen.

Las secciones sobre las cuales se articula ensayan algunas respuestas para las interrogantes que guiaron la investigación. La primera parte intenta responder sobre la Risa ¿Qué es? ¿Cuáles son sus desencadenantes? ¿Dónde radica su significado original? ¿Cuál es su relación con la vivencia del placer? ¿Cómo evoluciona durante las sucesivas etapas del desarrollo individual? ¿De cuáles cosas nos habla la risa en el nivel individual y el genérico?

En un primer acercamiento al tema encontraremos que la risa es una reacción emocional, es decir una manifestación afectiva que surge a consecuencia de ciertas modificaciones del tono muscular y genera una experiencia de placer. Su naturaleza emocional la mantiene del lado de la resolución de tensiones y, al mismo tiempo, del lado de la expresión individual. La risa, la sonrisa, la carcajada son manifestaciones que poseen enorme capacidad expresiva y por lo mismo, se inscriben en el decir del sujeto. En ciertos casos aparecen a consecuencia de una sucesión que las vuelve previsibles, en otros lo hacen con impostación, en ocasiones ni siquiera irrumpen dando lugar, por el contrario, a una respuesta colérica.

Encontraremos que la risa “nos habla” del sujeto: de la relación del sujeto con el placer sensoriomotor, de sus posibilidades de disfrutar, de los permisos corporales que se tiene para ello y de las ansiedades subyacente pero, también, nos habla de sus procesos cognitivos, de la capacidad para anticipar una serie en relación causal y a partir de ello,

prever un acontecimiento; mientras que al nivel afectivo, nos remite a los objetos de su espera y una modalidad característica para reaccionar al desborde de lo previsto, cierta capacidad de asombro y tolerancia a la frustración.

Las interrogantes acerca de la risa se formularon para esta investigación en el contexto de la Práctica Psicomotriz que propone B.Aucouturier. Una práctica en la cual el psicomotricista es considerado “especialista del placer sensorio motor experimentado a través del movimiento” (AUCOUTURIER y cols. 1985:168). Placer que puede aparecer durante el juego de tensiones y distensiones, a consecuencia del movimiento en el espacio, con relación a los objetos y a los otros. Es decir, que puede presentarse durante el movimiento de “conquista” o “apropiación” (el que demanda del sujeto un mayor esfuerzo de acomodación) pero en cuya génesis radica a su vez, otra vertiente del placer; una, que se estructura sobre la función de *fluctuación tónica* y protagoniza las primitivas etapas del desarrollo, promueve el desarrollo individual, articula las vivencias del individuo con una modalidad histórica y genera, invariablemente, el fenómeno de la risa.

Aucouturier advierte al respecto algo que subyace a las dificultades que se presentaron durante la construcción de este trabajo monográfico: “Estamos poco acostumbrados a interesarnos por el placer sensoriomotor vinculado a actividades centradas en el placer de las sensaciones corporales de origen propioceptivo” (*idem*). Podemos considerar que esa reflexión desborda el ámbito de la Psicomotricidad porque es emergente de una característica que ha presentado nuestra cultura, a saber: la dificultad para contactar con la vivencia Emocional en su condición de fenómeno adaptativo, antes que, con las modalidades de adaptación Cognitiva e Instrumental.

La segunda parte de este trabajo busca traspolar los conceptos investigados hacia el ámbito de la Práctica psicomotriz valorando que la posibilidad de “ir al encuentro” del otro, subyace a todos los logros de la personalidad humana.

Dado que la construcción de la identidad, el desarrollo cognitivo, afectivo, social del individuo se realizan, esencialmente, en virtud de un proceso de separación y diferenciación respecto al Grupo que lo contiene y asiste desde las etapas iniciales de su existencia, se atiende en esta producción a las conductas que cumplen una “función de llamada” y promueven la identificación de congéneres valorando que estas, entretejen nada menos que la matriz esencial de su humanidad. Se asume que ese es uno de los aspectos del desarrollo dilucidados por Wallon en el transcurso de sus extensas investigaciones y en el cual radica precisamente la cualidad, original, de “afectar al Grupo” que posee la risa. Encontraremos en suma, que (en su expresión primitiva) la risa desata un fenómeno de contagio que habilita una comunicación creativa es decir, una comunicación donde un “Yo creo” se refiere tanto a la posibilidad de creer (en el Otro, en la situación, en uno mismo) como a la de crear.

¿Cuáles otros significados le imprime a la risa el contacto con la cultura del grupo al que pertenece el sujeto? ¿Cuáles factores le dan pertinencia, en cuales contextos la pierde y, sobre todo, ¿...a los oídos de quién?

La parte final, anexo en este trabajo, procura analizar algunas características culturales que operan sobre esta modalidad expresiva. Reflexiona, para ello, desde una cultura en la cual: el resurgimiento de formas rituales en torno a la religiosidad, el protagonismo social de ciertas formas del Encuentro y Festejo multitudinario, y la nueva Terapia por la risa, entre otros, parecen cumplir un papel de válvula de escape a través de la que esta sociedad, civilizada, da cauce a una búsqueda de pertenencia y encuentro con el Otro sobre la cual, afirmo, se edifica el ser humano.

En los inicios del siglo XX Wallon reflexionaba sobre el lugar de las emociones en la sociedad occidental advirtiéndolo que, tal vez, al observar el desarrollo individual contemporáneo nos encontremos obligados a suscribir:

“De hecho, es muy sorprendente comprobar que la preocupación por poner en evidencia y cultivar las manifestaciones afectivas es más grande a medida que se trata de sociedades cuyo estado todavía rudimentario de la técnica exige que los individuos unan sus esfuerzos físicos, y donde **la indigencia de motivos intelectuales hace más indispensable la acción de las relaciones afectivas.**”¹ (WALLON, 1979: 248)

¹ el destacado corresponde a esta producción

MARCO CONCEPTUAL

La investigación del tema se realizó en el contexto de la Práctica Psicomotriz propuesta por Aucouturier, (AUCOUTURIER, 1985) una práctica que se ocupa del cuerpo, de lo que el cuerpo produce (u omite) y de las condiciones espacio temporales en que lo hace; que se funda en el concepto de integración psique-soma y cuya intervención privilegiada, se da en etapas del desarrollo infantil en las que la función postural y la función motriz (que son el cimiento del aprendizaje de la realidad y las funciones cognitivas) son particularmente permeables a la expresión de los sentimientos y emociones que se manifiestan por la vía de la fluctuación tónica. Funciones todas estas que subyace a la expresividad psicomotriz del individuo.

La expresividad psicomotriz (es decir las modalidades de la comunicación privilegiadas por cada individuo y el contenido simbólico de esa expresión) son cualidades que distinguen a cada niño y remiten, de manera más o menos consciente, a la construcción de aquello que durante su desarrollo se ha tornado distinto (tras/tornado). Es decir aquello que se manifiesta como síntoma psicomotor y que es, siempre, un emergente de la (des)organización sobre la cual el sujeto construyó una modalidad de “ser en el mundo”. El síntoma psicomotor involucra a la vez una dimensión corporal (postural y motriz), otra cognitiva (visible en el aprendizaje o manipulación de la realidad), vincular y afectiva.

La mirada del psicomotricista se sitúa en el discurso del cuerpo y su movimiento. No en el curso de una acción (el objetivo no es dominar o matizar un movimiento en sí mismo) sino en el dis-curso del cuerpo, es decir, de aquel que tiene en su “decir” la facultad de

discurrir o anda a la vez entre las ideas y los sentimientos, porque “(...) en la acción del niño se articulan toda su afectividad, todos sus deseos, pero también todas sus posibilidades de comunicación y de conceptualización” (AUCOUTURIER, 1985:22)

El rol del psicomotricista se construye, fundamentalmente, sobre el desarrollo de la escucha y la expresividad en una dinámica de comunicación. Le interesa por lo mismo, los mediadores de la comunicación y el lenguaje corporal que componen la expresividad psicomotriz (postura, tono, actitud, mirada, voz, movimiento) y particularmente, las expresiones gestos o “señales” que ofician como indicadores, es decir, que sin constituir el núcleo de la patología la reflejan en la relación del sujeto con el entorno porque traducen su estado interno.

La intervención del psicomotricista se orienta por itinerarios propios del desarrollo onto y filogenético. Favorece procesos de maduración tónico.postura (que sostiene la organización y eficacia del movimiento), maduración cognitiva (que permite el paulatino ingreso del individuo en el universo lógico-conceptual, operativo y de registro simbólico), maduración afectivo-vincular estimulando el abandono de la fusión inicial y la consecuente separación, necesarias para lograr una descentración afectiva respecto del Otro, el desarrollo de códigos de comunicación interpersonal que le sean eficaces y el desarrollo de la creatividad.

Esta intervención reconoce las producciones del niño y responde a su demanda siempre en función de un proyecto, escoge por lo tanto responder a unas producciones u otras de acuerdo al proyecto elaborado para cada niño y en estrecha relación con la expresividad psicomotriz de ese interlocutor a quien el encuadre permite “decirse” con espontaneidad.

El psicomotricista se vale de un sistema de acciones específico fundado en el desarrollo de la empatía, de una ley aseguradora y su participación como partenaire simbólico

para actuar de conformidad con los objetivos de la Práctica psicomotriz. Por ello se inscribe en la tarea no como un jugador más, sino como agente de un itinerario. Cierta “sistema de actitudes” y los elementos de su tecnicidad le permiten adoptar una auténtica comprensión de los movimientos emocionales y no sedimentar su imagen en ellos. En virtud del vínculo de empatía que desarrolla oficia como un espejo a las emociones del otro, pero un espejo móvil. Esa movilidad en tanto partenaire simbólico, capaz de conmovearse con el auténtico significado de los comportamientos a los que asiste pero mantener, a la vez, una disimetría, de roles, contribuye a resguardar la relación con el niño de las falsas conexiones (con transferencia de afecto o representación), características del fenómeno de la comunicación personal.

Esta práctica demanda el desarrollo de una adecuada capacidad de escucha, un “saber ver y oír” el discurso del cuerpo, sus iniciativas. Un saber que se construye sobre la exploración, reflexión y análisis de las propias experiencias en un proceso de “Formación Personal por vía corporal” y, al mismo tiempo, sobre la investigación de las diversas modalidades y significados que los comportamientos humanos toman en relación con el entorno (maternante y cultural).

Las próximas páginas son un intento de articulación teórico, práctica y corporal para investigar la condición discursiva del cuerpo cuando ríe.

ACERCA DE LA RISA...

A modo de anticipo sobre algunos aspectos que se profundizarán en las próximas secciones, diremos que la Risa es una expresión determinada por el funcionamiento del Sistema Nervioso Autónomo; compromete la postura, la mímica y, particularmente, la emisión de la voz en una modalidad no discursiva y endógena (con origen en los propios movimientos tónicos del aparato respiratorio y fonador); “Los fisiólogos consideran la risa, el sollozo y los vómitos como movimientos respiratorios modificados (...)” (ANZIEU, 1994:129); manifestación, visible, de una conmoción tónica localizada en la musculatura esquelética y visceral.

Su expresión puede oscilar entre la discreción de la mímica facial que compone la sonrisa o el temblor que sacude todo el cuerpo durante la carcajada. Es una manifestación corporal que se desarrolla para cada individuo con cualidades comunes a la especie; si bien durante el desarrollo individual será parcialmente absorbida por los códigos de comunicación consciente y voluntaria, este suceso no debilita, en su expresión original, la primitiva capacidad de convocar a los congéneres.

Para Wallon (1979) la risa es, por su naturaleza, una emoción, una reacción intensa y global de la función postural a determinados estímulos que se reciben por efecto de la fluctuación tónica. Desde esa perspectiva la risa es una expresión pura del organismo, de sus estados de tensión o relajación centrada en una sensibilidad protopática que se expresa con una mímica característica (brillo de la mirada, distensión del rostro, apertura -desmedida- de

la boca) y una actitud, compostura corporal, incompatibles con la actividad exteroceptiva (o cinética).

“Cuando la risa estalla, los músculos se aflojan, pierden todo poder de resistencia, el esfuerzo se quiebra y la prehensión y el equilibrio se relajan, los objetos caen de las manos, el pie que tropieza o el menor empuje, son causa de caída, el hipotono gana las vísceras, el esfínter vesical llega a permitir el paso de la orina” (Wallon,1979:71).

Durante su desarrollo las alteraciones, respiratoria, circulatoria y espasmos, que sufren el tubo digestivo y las vísceras, combinados con la relajación muscular o los temblores, se presentan asociados a sensaciones de sufrimiento epigástrico. Según Wallon, referido por Laboratorio de Psycho-Pédagogie:

“(…) la actividad tónica concierne tanto al conjunto de actitudes visibles (expresión del cuerpo y del rostro) como a las funciones viscerales, de tal manera que a través de estas actitudes sensibles se establece un lazo entre la sensibilidad mas profunda y sus contactos con el otro” (Zazzó,1981:21).

La emoción se desarrolla sobre variaciones del tono muscular que pueden situarse en los dominios de la musculatura lisa (visceral) o esquelética. Refleja en su manifestación el aumento de tensión muscular que padece el sujeto porque es, en sí misma, una resolución o “liquidación del hipertono” en la función plástica o actitudinal del músculo (aquella que lo mantiene en la forma y consistencia que ha tomado). La risa y los sollozos son dos de las modalidades que adopta esa resolución pero “(…) el hipertono de la risa se relaciona sobre todo con los músculos del esqueleto, el de los lloros se localiza en las vísceras.” (WALLON, 1979:73).

Otra manifestación del hipertono muscular es la expresión de cólera. Lo que se refleja en esa reacción es la incapacidad de una resolución tónica ajustada al aumento de tensión que

se padece. Un exceso de tensión acumulada es lo que desata los espasmos y contracciones musculares que la conforman por lo cual, a consecuencia de un mismo estímulo inicial (cosquillas) se pueden suceder reacciones emocionales antagónicas (risa-llanto-cólera) según se consiga o no, la descarga de tensión apropiada para la excitación que se padece. En el caso de la risa se produce una descarga o liquidación de la tensión muscular proporcional a la excitación que la desencadenó y de ello se desprende que su protagonista la experimente ligada a sensaciones de alivio fisiológico.

—————EL SIGNIFICADO CORPORAL—————

Desde el punto de vista intersubjetivo los comportamientos corporales toman, siempre, un valor comunicativo para el entorno de congéneres y son por ello pasible de interpretación, esto se potencia en las primeras etapas del desarrollo; Zazzo lo plantea en estos términos: “El análisis del movimiento nos muestra que, en los primeros tiempos de la vida, los gestos son ante todo expresiones, dirigidas hacia el otro, que las primeras emociones (consustanciales de la expresión motriz) son un lenguaje” (ZAZZO,1981:15)

La risa es por lo tanto una expresión corporal que se inscribe en un “decir” más o menos consciente, más o menos voluntario y podemos referirnos a ella como significante kinético porque involucra un aspecto no verbal de la comunicación humana sobre el cual Darwin (1872), Schiller (1983), Picard (1986) entre otros, han desarrollado extensas investigaciones.

Según Picard durante las etapas iniciales del desarrollo humano la comprensión del código de expresión corporal se realiza por un sistema de captación cenestésica a través del cual el lactante toma de las señales kinéticas su condición indicativa (es decir el rastro,

huella, o parte emergente), pero la posterior superposición de códigos y la multiplicación de significados a los cuales se accede durante el desarrollo individual y en contacto con la cultura, pueden diversificar, modificar e incluso deformar, aquel sentido original que las expresiones del cuerpo tuvieron para el individuo.

Podemos considerar que, eventualmente, un análisis de las categorías expresivas en las cuales se puedan inscribir los comportamientos corporales favorece una interpretación que el adulto ya no realiza, exclusivamente, por la vía corporal. Picard utiliza para ese análisis, el criterio de clasificación que reseña Piaget al investigar el valor comunicativo de aquellos comportamientos que componen, por la vía tónica (postura o cinética) la expresividad del individuo. Diferencia para los gestos, mímicas, posturas, movimientos, su calidad de índice, símbolo o signo según el tipo de conexión que mantienen, en cada caso, los significantes utilizados con el significado que los originó.

De acuerdo a esa clasificación toda expresión emocional oficia como índice o indicio de una situación porque el significante no se ha separado del significado, uno y otro no están intermediados y el significante es, en sí mismo, parte emergente del significado que lo origina. Este es el caso de risa: lo que se recibe como “señal comunicante” es el emergente de una modificación tónico-muscular.

Durante el desarrollo de los seres humanos esos mismos comportamientos kinéticos podrán ingresar en un código de comunicación simbólico “Con la expresión simbólica alcanzamos un segundo nivel de significación en el que el significante, efecto visible, ya no está en relación directa con el significado (su causa, su motor).” (PICARD, 1986: 125).

Cuando lo corporal es adoptado como símbolo y/o signo: significante y significado se han diferenciado y aparecen intermediados, por una analogía o por una convención respectivamente, por lo cual, su adecuada interpretación requiere de una transmisión social

(imprescindible en el caso de los signos) y una adecuada contextualización del significante, “Un mismo comportamiento, como la sonrisa, puede pertenecer a una u otra categoría.” (*ibidem*:131). Por lo expuesto la descodificación de un comportamiento será tanto más ajustada a su sentido original, cuanto más ajustado se interprete el contexto que la generó.

Podemos pensar que Indices, Símbolos y Signos ofician como categorías de presentación que los comportamientos admiten según el contexto y la calidad del nexo que los generó y por ello encontraremos comportamientos que indican o señalan “algo” mientras que (al mismo tiempo) pueden significar más que eso. La risa por ejemplo, emergente natural de la expresividad de los seres humanos, es a la vez depositaria de la cultura del grupo al que se pertenece lo cual le confiere significados asociados que mas adelante analizaremos.

Otros investigadores, como es el caso de Bethelheim reconocen, para las expresiones emotivas una función que podemos considerar complementaria a lo ya expuesto y las remite al Lenguaje cuando este se comporta como “*expresión o llamada no específica*”, investiga sobre el lenguaje una función que “(...) empieza con el balbuceo y el llanto del niño y no está dirigido a un oyente. Traduce, simplemente un estado interno o las sensaciones del locutor.” (BETHELHEIM,1987:542). Encontramos aquí una función, expresiva, en la cual se origina la construcción del “sentido”, una auténtica concordancia entre intención y emisión del discurso; la risa suscribe, también, a esa función comunicativa.

A modo de síntesis primaria, podemos decir que: desde etapas iniciales del desarrollo humano la risa se manifiesta como un indicador o señal que traduce un estado interno porque es, básicamente, un emergente de la vivencia tónico-postural; posee un valor comunicativo

sin estar dirigido a un oyente en particular y oficia como una “llamada inespecífica”, sin deliberación previa, capaz de convocar al otro, es decir de llamarlo a reunión.

RISA Y PLACER

Si se admite que la risa es señal o indicador, emergente de una actividad por la cual se resuelve un estado de tensión o excitación que se localiza en la función tónica de la musculatura esquelética y que “El tono postural utiliza las mismas vías sensoriomotrices que el tono psicoafectivo [...] y las modulaciones del tono son el resultado de un compromiso entre las tensiones de origen propiamente postural y las tensiones de origen psicoafectivo” (LAPIERRE; AUCOUTURIER, 1980). Es decir, que el tono que refleja las manifestaciones tónicas (de los estados de ánimo) es un fondo que subyace a la regulación postural y el sostén de los comportamientos motores; a la vez que, oficia como matriz sobre la que se imprimen y deslizan esas tensiones, movilizadas desde el centro del organismo hacia la periferia durante el estallido de la risa; se puede inferir que ese desplazamiento de tensiones tónicas se presenta acompañado por un componente afectivo que, probablemente, le sea característico.

Investigando esa hipótesis encontramos en las investigaciones desarrolladas por Reich y su discípulo Lowen que la vitalidad de un organismo se manifiesta, precisamente, en un *continuo desplazamiento de las tensiones musculares*. Para estos investigadores la circulación corporal de las tensiones (que resultan de la excitación) genera en los organismos vivos una actividad de carga y descarga que deviene en una función de *fluctuación tónica* a través de la cual se renueva su energía vital. (LOWEN, 1991).

La condición tónica natural de los seres vivos es precisamente la fluctuación, es decir una movilidad pulsátil, más o menos visible, que oscila entre la expresión sutil de una vibración, o el temblor visible a simple vista de la musculatura esquelética (por ej. durante el estallido de la risa).

En esta concepción del desarrollo el cuerpo es: el lugar privilegiado de “(...) inscripción de los conflictos psíquicos materializados por las tensiones musculares, sustentadas por la vida emocional” (CONTANT, CALZA, 1991:8). Porque la inmovilidad tónica es una imposición (más o menos consciente) que, eventualmente, se inscribe en la matriz del tono corporal en calidad de contra/acción y subyace a toda “rigidez muscular, rigidez caracterial, rigideces específicas de ciertas zonas corporales afectadas por la represión, actitudes caracteriales que impiden el abandono, necesario a la experiencia de placer” (*ibídem*:7)

En el nivel psíquico todo movimiento de expansión biológica es percibido como placer. La contracción muscular (contra-acción) por el contrario, se puede llegar a percibir como displacer (ello nos remite a las observaciones de Wallon, antes referidas, sobre las manifestaciones coléricas).

Se entiende que las apreciaciones de Lowen abonan este planteo sobre el origen tónico de la sensación de placer al señalar que:

“(...) la percepción de un movimiento expansivo del cuerpo: abrir, tratar de alcanzar y establecer contacto, son sinónimos de placer, cerrar, retirarse y replegarse no son experiencias de placer, sino que inclusive pueden ser de dolor o ansiedad.” (LOWEN, 1991:131).

La observación de las manifestaciones de la risa nos permite constatar que la dirección que toma naturalmente la excitación es, precisamente, expansiva: durante la

experiencia de un cosquilleo profundo las pulsaciones se inician en el lugar estimulado y se trasladan por “oleadas” hacia las zonas vecinas en sentido centrífugo hasta provocar contorsiones del cuerpo entero, incluidos sus miembros más distantes en movimientos de palpitación. Cuando la excitación no es de tipo mecánico, sino afectivo, el origen de la pulsación es el abdomen (específicamente el diafragma) y desde allí se propaga hacia la musculatura periférica, involucrando también la de la voz y finalmente, la musculatura facial, incluida la musculatura de la vista.

Por otra parte, la descripción que realiza Wallon de las “primeras expresiones de bienestar” (asociadas a la acción de mamar, o un baño a 35 grados centígrados) parecen tener una afinidad total con las conclusiones referidas sobre la expansión de la energía en oleadas tónicas, (centrífugas) durante la vivencia de placer:

“es como si el rostro y el cuerpo se hubieran dilatado bajo una ola de tono que al alcanzar cierto nivel se expande en movimientos, de manera que se mantiene un equilibrio constante entre excitación y tono, entre tono y descargas musculares.” (WALLON, 1979:106)

Podemos concluir entonces, que la risa se despliega como una descarga de excitación a través de un movimiento expansivo que es, en sí mismo, fuente de placer y circulación de la energía vital.

RISA Y PLACER SENSORIOMOTOR

Es habitual constatar, cuando la risa irrumpe, que los interlocutores “entienden” en primera instancia, de manera irreflexiva y espontánea, que su protagonista está disfrutando de la situación o siente placer en ella a pesar de nos ser este, el único sentido que admite.

Se puede considerar que esa primera interpretación apela a un significado inconsciente que tiene arraigo en una memoria antigua, primitiva, ligada al funcionamiento de los núcleos subcorticales, mesencefálicos, en cuya función asientan, a la vez, la regulación de las expresiones que componen la emoción y la regulación del *tono muscular* que les confiere coherencia.

La captación del significado de la expresión emocional se desarrolla con “asistencia” de una memoria de construcción arcaica. En conformidad con las investigaciones desarrolladas por Jung podemos decir que ese tipo de memoria es en realidad una evocación de carácter arquetípico, es decir una especie de “*asociación histórica*” (JUNG, 1997:42) que se pudo construir en torno a la expresión emocional (risa), porque en ella la cualidad afectiva (placer) quedó adosada a una función primordial de subsistencia (en este caso la resolución de excitación tónica) y ello le imprime, en un nivel inconsciente, un valor anémico poderoso que parece confirmar las observaciones de Wallon acerca de las conductas emocionales:

“Por la emoción con que ha vibrado, el individuo se encuentra virtualmente unido a cualquier otro en el que, se hayan producido las mismas reacciones” (WALLON en *Teoría de las actitudes de Henry Wallon y sus consecuencias educativas*, TRAN-THONG, 1981:180)

Se estima que en ello, radica su fuerza de contagio gregario (la que transforma lo subjetivo en social).

Entonces, rastreando el origen de esa evocación inconsciente que enlaza la experiencia del cuerpo mientras ríe con el sentimiento de Placer encontramos que el sentimiento de placer se vincula, específicamente, con la libre expansión de los flujos energéticos que se movilizan durante la actividad de fluctuación tónica.

Las funciones de expansión y de contracción fisiológica reguladas por los sistemas Simpático y Parasimpático son las que determinan el funcionamiento vegetativo de los organismos y, por lo mismo, subyacen a toda vida “de relación”. Esas funciones: expansión y contracción interactúan a su vez, para el desarrollo de otra función más compleja, una de *pulsación* que subyace al concepto de vida orgánica (LOWEN, 1991).

En la pulsación o palpitación biológica se origina una pulsión² o “flujo energético” que circula por estados de tensión y de descarga (con una modalidad rítmica y continua) en un ciclo que se conecta o abre al entorno y del cual toma nuevo impulso la energía vital del organismo. “Librado a su desarrollo espontáneo, el organismo tiende a a libre circulación de los flujos energéticos, fuente de placer, de equilibrio y de salud” (PICARD,1986:164).

Ampliando los ciclos de la pulsación biológica el organismo en su totalidad, tiende al movimiento expansivo, hay en el un *in-pulso*, un *empuje*, sinónimo de su vitalidad, que lo mueve a la acción en sí misma.

Podemos pensar que estos conceptos se aproximan a lo que sugiere Lapiere cuando menciona en el desarrollo infantil la existencia de un impulso al movimiento “pulsión de movimiento generadora también de placer, [...] pulsión de vida por excelencia” (LAPIERRE, 1997:65), que supedita las iniciativas del desarrollo motor y antecede al placer de *actuar sobre* los objetos y el entorno. Pulsión que desencadena un tipo de placer primitivo, que se despliega sobre una estrecha relación entre las sensaciones corporales y los estados tónico-emocionales y “(...) funda en gran medida la originalidad de la práctica psicomotriz” (AUCOUTURIER et al.:169).

² Pulsión: Proceso dinámico consistente en un impulso (carga energética, factor de motilidad) que hace tender al organismo hacia un fin./Concepto límite que cabalga entre lo somatopsíquico. Se enlaza etimológicamente con *Trieb*, palabra de origen alemán para designar impulso, empujar. Este concepto se engarza con el movimiento, que a su vez requiere un potencial energético para poner en práctica ese empuje. (LAPLANCHE, PONTALIS, 1971)

Dado que aquella circulación: “(...) un flujo de sentimiento y energía hacia la periferia del organismo y el mundo exterior” (LOWEN, 1991:130), desencadena una modalidad de placer anclada en lo fisiológico, placer de funcionamiento “suave y fácil”, placer del movimiento en si mismo; podemos considerar que el origen del placer sensoriomotor (aquel que orienta las primeras interacciones del niño hacia el entorno) se encuentra en la circulación de energía que se desarrolla sobre la fluctuación tónica: en la vivencia de los movimientos expansivos del propio cuerpo, en las oleadas tónicas que movilizan y abren al individuo hacia la comunicación y el encuentro con los otros antes aún que, los movimientos de apropiación desplegados sobre el entorno. La risa (que es una manifestación de aquella expansión tónica) podrá según lo expuesto aparecer como emergente pero también como rastro del placer *sensorio motor*.

RISA Y ANSIEDAD

La presentación de la risa es diferente cuando está ligada, únicamente, a la sensación de alivio fisiológico y no a la da placer. La vivencia de placer que la acompaña se encuentra en relación directa con la posibilidad de “soltar” o liberar el cuerpo a favor de su expresión: “desternillarse”, “explotar”, o “morirse” de risa son experiencias vivificantes. Pero, no siempre ocurre que la exicitación encuentre los caminos corporales para soltarse o expresarse libre de constricciones, a pesar del impulso a salir que la define.

Lowen realiza una lectura corporal por al cual registra que “Nos abrimos y buscamos espontáneamente el placer y nos cerramos y retiramos de cualquier situación dolorosa. Sin

embargo, cuando una situación contiene una promesa de placer junto con una amenaza de dolor experimentamos ansiedad” (LOWEN, 1991:128).

La ansiedad se presenta, según este autor, como una manifestación con origen vegetativo en situaciones de presión o confluencia de fuerzas vitales incompatibles que, en el desarrollo normal, tiene una condición temporal y desencadena a su vez, una reacomodación que conduce al crecimiento (porque el organismo hará lo posible por establecer un nuevo equilibrio entre sus necesidades y el medio).

Podemos considerar que ese concepto reproduce la constatación anatómico-fisiológica por la cual las “estrecheces”, cuello y cintura, son lugares de paso que estimulan los signos vitales (fundamentales para los estados de la alerta y supervivencia), zonas de paso hacia otras más vastas o eventualmente, dilatadas.

Es posible observar que, en ocasiones, la risa aparece como resultado de una tensión elevada que se abre camino en dirección centrífuga pero lo hace entre serias constricciones tónicas, lo cual le imprime características particulares, dignas de resaltar.

La expresión de la risa ansiosa

En la misma línea encontramos que, mientras se experimenta ansiedad se encuentran disminuidos los signos de vitalidad del organismo, porque la ansiedad se desarrolla sobre un conflicto de tensiones. Los temblores fisiológicos o vibraciones son una forma de motilidad natural dinámica, constante en todos los seres vivos. la vibración refleja la carga energética de la zona en cuestión. Las tensiones, en cambio, conllevan la pérdida de esa motilidad y pueden trasladarse, incluso, a los músculos que intervienen en la emisión de la voz, modificando por ello la calidad del sonido.

La producción del sonido se construye habitualmente sobre tres variables:

a- la circulación del aire cuya presión actúa sobre las cuerdas vocales y produce una vibración (o temblor fisiológico).

b- Las cuerdas vocales que funcionan, ellas mismas, como instrumentos vibratorios.

c- Las cavidades resonantes, cuya función es amplificar o modular los sonidos emitidos por efecto del aire sobre las cuerdas vocales.

Tensión, presión y cavidad son conceptos que se relacionan estrechamente con las modulaciones tónicas en el organismo que las resguarda.

Cuando las tensiones aumentan en la musculatura del cuello y de la garganta afectan la resonancia de la voz. Los “anillos de tensión” que tienden a construirse de manera inconsciente en el cuello y la cintura (es decir, en las zonas de angostura o “estrecheces” del cuerpo humano), producen la emisión de sonidos *de pecho* o *de cabeza*, respectivamente, y la limitación de la capacidad expansiva del principal músculo respiratorio; el diafragma. La reacción del diafragma es un rasgo que oficia como indicio de ansiedad “(...) la ansiedad, aun inconsciente provocada por una relación, acarrea en el sujeto ansioso un bloqueo de la respiración (la tensión abdominal aparece como un indicio de igual naturaleza)” PICARD, 1986:125).

Podemos entonces resumir: liberar la voz, soltar la risa, es una experiencia que está en relación directa con la libre movilización tónica, es decir, con la circulación (más o menos fluida) de energía vital. Es una experiencia que se desarrolla sobre una movilización emocional intensa (para quien la protagoniza y para su interlocutor, tiene la cualidad de conmover, es decir de “movernos con ella” cuando desplaza, momentáneamente, nuestro centro de gravedad en la dirección de los afectos que presenta.

Por otra parte, las diferencias entre risa endógena y “risita nerviosa” parecen evidenciar que la emisión de la voz refleja una construcción corporal (de alcance más o

menos histórico en la existencia del individuo). Los bloqueos tónicos que se construyen en la historia de vínculos (de manera más o menos definitiva), afectan necesariamente su emisión. Esto parece confirmar la relación que existe entre la calidad del sonido emitido (su timbre, tono, sobretono, subtono y resonancia) pero en ese caso, las sensaciones que le acompañan no se originan en la libre circulación de una pulsión motriz y por ello queda vinculada al alivio fisiológico, antes que al placer.

—————LA RISA EN LA REGULACIÓN DEL VÍNCULO—————

(Entre lo fisiológico y lo cognitivo: lo vincular)

La existencia humana se despliega sobre una doble espiral de potencialidades, por un lado, y modelos de comportamiento, por el otro. Ambos interactúan en primera instancia en las funciones de la postura y la comunicación. Todo el sistema de la comunicación humana se construye originalmente sobre esas variables, a saber: lo que el recién nacido posee, aporta, produce (cuya presentación característica es la postura y las actitudes afectivas que en ella se despiertan) y lo que el entorno capta, entiende y transmite por respuesta a cada situación.

Entre el recién nacido y su entorno ya existe un sistema de intercambios sin el cual las potencialidades de aquel no consiguen ingresar al espectro de desarrollo motriz, simbólico y cognitivo que caracterizan a su especie. El entorno humano es imprescindible para la especialización de cualidades que el lactante presenta de manera todavía fisiológica. El sentido de sus movimientos y posturas será amplificado por los congéneres, quienes toman para sí las expresiones asignándoles valor de gestos significantes. El niño experimenta por

ello, una réplica emocional que, paulatinamente, convierte las puras descargas motrices en psíquicas (en el sentido de “unión significativa” con el entorno (ZAZZO, 1981)

Durante las etapas iniciales del desarrollo el intercambio lo protagonizan las expresiones emocionales que poseen la cualidad de *llamar* al otro, es decir poseen en sí mismas la capacidad de provocar, evocar, invocar o convocar reacciones en el entorno de congéneres. Los sistemas de actitudes emocionales que despliega el lactante a partir de sus necesidades básicas (producto de sus condiciones internas) solamente se confirmarán en una función comunicativa si encuentran partenaire externo, más o menos estable, capaz de emitir respuestas que carguen de significado esas actitudes a medida que se presentan.

Las próximas secciones profundizan la investigación sobre el protagonismo de la risa en la primera interacciones humanas.

LA SONRISA COMPARTIDA

En el niño recién nacido aparecen ya, algunas manifestaciones de la sonrisa. De acuerdo a las observaciones de Stern (1983) en las dos primeras semanas de vida se observan sonrisas mientras duerme y durante al somnolencia. Raramente se observan cuando está despierto. Es un tipo de sonrisa que responde a los ciclos de descarga neurofisiológica, refleja, y que no encuentra continuidad en momentos de vigilia. “En algún momento entre la edad de seis semanas y la de tres meses” (íbidem:78) el autor registra que la sonrisa se convierte en exógena y responde a estímulos exteriores, como ser la mirada humana, una voz de timbre agudo o el cosquilleo. Esa sonrisa en carácter de respuesta precoz a las impresiones agradables es descripta por Wallon (1979) de la siguiente manera:

“Bajo la influencia de impresiones agradables (...) los ojos se abren muy grandes, poco tiempo después la comisura de los labios, se levantan como una ligera sonrisa y, cuando la satisfacción llega a ser intensa, los miembros inferiores se agitan como si pedalearan en el vacío” (ibidem:106).

Desde un punto de vista etológico la respuesta sonriente se encuentra inserta en lo que sería un mecanismo que establece contactos positivos específicos. Es decir que se trata de un comportamiento que favorece la proximidad de los congéneres, similar a los que se despliegan en otras especies animales: “En patos y gansos es una reacción de seguimiento. En los cachorros de perro es la indagación social y el “meneo de la cola”, mientras que en el niño, mas desamparado o importante, es simplemente una sonrisa.” (BETHELHEIM, 1987:62).

Se puede considerar que hay en esa respuesta un placer fisiológico, una satisfacción del funcionamiento en sí mismo que emerge de los estímulos agradables pero que, no estará inscripta aún en un sistema de intercambios hasta tanto un interlocutor le confirme un significado “positivo” con una réplica emocional acorde. La inscripción de esta actitud corporal en un código de comunicación simbólico será tarea del Grupo.

En el recién nacido la comunicación se desarrolla sobre una comunión afectiva. La capacidad de evocación emotiva se encuentra potenciada en el niño tanto como en la madre en torno al nacimiento. La réplica emocional materna se ajusta a la expresividad del niño orientada por una percepción cenestésica; permeable a la energía emocional de las conductas con arraigo fisiológico; sensibilidad que se potencia durante embarazo y postparto. (SPITZ, 1999).

Sara Pain (1985) advierte que la compleja tarea de insertar las expresiones emotivas individuales en los códigos de comunicación de la comunidad a la que el niño pertenece se

realiza, en todas las culturas, a través de formas rituales de interacción; a través de comportamientos que asisten la crianza del bebé con una modalidad de juegos, cantos y costumbres que pueden variar, eventualmente, de una cultura a otra, pero tienen un objetivo universal. Ese objetivo es modelar (por la vía de la repetición) las manifestaciones básicas del funcionamiento fisiológico (el reposo, la vigilia, la alimentación) lo cual brinda a su vez, una ocasión para transmitir comportamientos que favorecen la supervivencia, la presentación del entorno, y promueven la inserción del recién nacido en un universo simbólico característico de la especie a la cual pertenece.

Según la autora referida existen para la crianza del lactante *rituales de adormecimiento* que tienden a apaciguar el nivel de vigilancia, sedando y diluyendo las funciones perceptivas, rodeando al bebé de estímulos multimodales en los cuales el denominador común es el descenso de tono: rituales que ralentizan el movimiento, ceden la tensión muscular, amortiguan los sonidos, la intensidad de la luz y los ritmos de la canción o el juego.

Mientras que, los *rituales de excitación* parecen recurrir a las reacciones de alerta. Son interacciones que solicitan del lactante: focalizar la mirada, discriminar cambios de sonido, acomodar la musculatura “para el salto” (del cuerpo hacia el aire, o de los dedos del adulto sobre su cuerpo, o de la boca de este sobre su piel). Se trata de rituales sobre los cuales se construyen los primeros juegos interactivos madre-bebé, los de cosquillas, fundamentalmente, o de pequeños “personajes” que suben por su cuerpo buscando la cara (y la sonrisa) del bebé. Estos juegos de resolución tónico-emocional se desarrollan en el entorno de algo que está por llegar, sobre un fondo de excitación que se resuelve, finalmente, en una carcajada. En ellos el estallido de la risa toma un protagonismo esencial.

Dichos rituales recurren a la circulación de energía emocional durante la interacción que ocurre en un marco de estrecha comunicación: cuando la madre construye, por la vía de la repetición, un código que anuncia el inicio del juego y el niño se dispone al “encuentro”, sus expresiones lo muestran captado, atrapado, por las iniciativas maternas y su actitud se compone con evidentes expresiones de “enganche relacional” (MARCELLI, 2000).

Siendo que “(...) la diada es básicamente asimétrica, con lo que la madre contribuye a la relación es completamente diferente de aquello con que contribuye el infante” (SPITZ, 1999:23), podemos inferir que la aparición de la risa durante estos juegos tiene un valor agregado, fundamental para la estructuración de la relación, porque genera para el lactante, la oportunidad de “modelar la situación”, pese al estado de dependencia en que se encuentra (BETHELHEIM, 1987).

Desde los primeros momentos del desarrollo la risa contribuye de manera privilegiada a la construcción de la función de apego porque es, precisamente, una de “(...) las conductas a través de las cuales el niño logra mantener a un adulto significativo, a una distancia adecuada” (CHOKLER, 1994:84).

Por otra parte, en cuanto a la inclusión de las conductas emocionales en otros códigos de comunicación, diremos que transcurre, exclusivamente, a condición de que el entorno tome la conducta infantil asignándole un significado compartido que desborde lo estrictamente postural.

“Uno de los primeros juegos con que se entretiene al bebe consiste en colocarse frente a él, de manera de encontrar y mantener la mirada, sosteniendo este encuentro con palabras o vocalizaciones repetidas, al mismo tiempo que se le acaricia la mejilla buscando el reflejo de ella sonrisa. Uno puede el al bebe concentrarse, fruncir el ceño, disminuir los movimientos parásitos, retener la mirada y luego esbozar una mueca bastante parecida a una sonrisa. Esta respuesta es festejada por toda la familia, con toda la razón, pues se

trata de la entrada del niño en sociedad. El momento de encuentro es fugaz pero luego de un intervalo el niño trata de reeditar la tensión que antes le permitió retener el espectáculo: es cuestión entonces de que el adulto acuda a la cita al mismo tiempo.” (PAIN, 1985:53).

En ese ejemplo de interacción hay un esfuerzo fisiológico del niño por resolver una excitación que inmediatamente es “tomado” por el entorno, el cual le asigna un sentido social a través de la respuesta ofrecida.

Podemos pensar que la risa habilita y sostiene, en esta primer etapa del desarrollo, una modalidad de “enganche relacional” (MARCELLI, 2000) privilegiada. Que contribuye al desarrollo del vínculo de apego (que se construye sobre una alternancia de alejamiento y presencia envolvente) y sirve por ello, a la moderación de los estímulos que recibe el lactante y a la función de resguardo materno para con él. Esto transcurre al mismo tiempo que es “tomada” por el entorno e inscrita en otros sistemas de comunicación en los cuales se amplía y diversifica, paulatinamente, su significado.

—————LA SONRISA (entre) LA MADRE Y EL HIJO—————

La sonrisa que aparece en el tercer mes de edad es resultado de una orientación activa del niño hacia estímulos ajenos a su propio cuerpo. Se desarrolla en respuesta a un estímulo situado, por primera vez, en el exterior de su organismo: la configuración gestaltica del rostro humano (SPITZ, 1999).

Este investigador encuentra en “la sonrisa del tercer mes” un indicador de ciertas adquisiciones cuya confluencia oficia como un organizador³ del desarrollo infantil.

Observa que la percepción visual del rostro humano es el único estímulo capaz de provocar una respuesta sonriente, que ni siquiera se manifiesta en presencia del alimento y que el percepto, o configuración sensorial, que oficia como su “estímulo llave”⁴, es una parte del rostro humano, específicamente: “El sector formado por la frente, los ojos y la nariz” (íbidem:81). Durante las interacciones del adulto con el lactante la presentación de ese estímulo se acompaña, habitualmente, con un movimiento de “cabeceo” hacia atrás y adelante que facilita en el niño la captación de los elementos que componen la figura perceptiva en oposición a su fondo y la expresión de los ojos, cuando acompaña la apertura desmedida de la boca, se inscribe en la dinámica de un *Mecanismo relajador innato*; esto nos permite confirmar que la risa adquiere un valor excepcional, durante el vínculo interpersonal.

Encontramos pues que esa sonrisa posee una cualidad novedosa, la de introducir al niño en una dinámica de reciprocidad porque aparece, específicamente, en presencia de sus congéneres y refuerza (por la vía de un “comportamiento positivo”) el valor de su proximidad en calidad de interlocutor.

Las cualidades que va adquiriendo la expresividad del lactante acompañan pero, también “sostienen” los procesos cognitivos y afectivos. Esa función de sostén y reforzamiento parece estar en la base de lo que Spitz nombra como el proceso de establecimiento de un *pre-objeto*, característico del niño en esta edad. Es decir “una

³ Organizador: Ordenador, promotor, planificador. Que tiene especial aptitud para estructurar, constituir, instaurar, establecer o reformar una cosa, sujetando a reglas el número, orden, armonía y dependencia de las partes que la componen. (CHOCLER, 1994:75)

⁴ Estímulo llave es un concepto desarrollado por Lorenz y Tinbergen en el ámbito de la Etología, se refiere a la agrupación particular de cualidades sensoriales, extremadamente simples, que caracterizan de manera esquemática la situación en la cual debe presentarse ciertos “esquemas fijos de comportamiento” que garantizan la supervivencia del individuo y su especie. (TOSAR, 1985:27)

transición entre la percepción de “cosas” [...] al establecimiento del objeto libidinal” (SPITZ, 1999:39), un proceso gradual, que habilita el posterior reconocimiento de aquella figura (materna o maternante) que será investida por una carga libidinal específica, y con la cual el niño se relacionará durante su desarrollo de una manera privilegiada.

Para entonces, si bien no existe todavía el reconocimiento de un semblante individual, este primer reconocimiento de un percepto sensorial característico en su especie, es el que lo habilitará; por ello la sonrisa “de los tres meses” es un valioso indicador de la evolución que transita el desarrollo individual.

En cuanto al protagonismo de ese precepto visual, Relajador innato, Spitz señala que:

“(…) hasta el tercer mes de vida (y aún más) el niño que mama no mirará el pecho de la madre sino el rostro de esta [...]. No mira tampoco el pecho cuando la madre se acerca a él, sino el rostro; y continúa mirando el rostro de ella, mientras tiene el pezón en la boca y palpa su pecho. Desde el momento en que la madre entra en la habitación, hasta el fin del acto de mamar, mirará fijamente el rostro materno.” (íbidem:71).

Esa percepción privilegiada por el infante, podríamos agregar, nunca es el resultado de una estimulación fragmentaria. La percepción visual durante la lactancia se acompaña de sensaciones bucales, táctiles, cutáneas, tónicas y viscerales. Podemos considerar entonces, que de ello resulta una experiencia global, una estimulación multimodal y placentera que desborda la estimulación visual y por ello la refuerza en la construcción mnémica del niño.

Durante estas interacciones podemos colegir que la sonrisa se inscribe en un mecanismo de reforzamiento o feedback por el cual: la captación de cierta gestalt visual distiende y dispone al niño para un encuentro durante el cual será nutrido, a la vez, por el alimento y por una oleada placentera de estímulos, capaces de reforzar el reconocimiento positivo de esa gestalt y dando origen a una sonrisa que enlaza, paulatinamente, el percepto

visual con un valor afectivo que desborda la existencia orgánica, individual. El resultado de ese proceso es una sonrisa cada vez más interactiva que, a su vez, atrae, seduce y engancha al otro en una relación de afecto y reconocimiento.

Estas apreciaciones sobre la sonrisa se desprenden también, de una valoración acerca de la “presentación” de las emociones que concuerda con Wallon (1979) para quien, a diferencia de los automatismos que se desarrollan indiferentes al entorno, la emoción ejerce (necesariamente, podríamos enfatizar) una acción sobre el otro, porque posee una caracterización específica, secundaria al afecto que la desencadena, que le otorga una potencia expresiva hacia la cual es improbable que los congéneres se mantengan indiferentes. Aquellas manifestaciones corporales que parecen no tener otra utilidad que “realizar el aspecto de la emoción” cobran mayor importancia en las especies superiores, es “(...) en el hombre donde la expresión de las emociones alcanza su más alto grado de complejidad y de diferenciación” (ibidem:94).

Interesa particularmente la conexión que establece este investigador entre ciertas conductas valoradas como primitivas y la proyección humana, “(...) favoreciendo los esfuerzos colectivos y la vida en sociedad las emociones hicieron posibles las elaboraciones mentales, cuya fuente no puede ser el individuo librado a sí mismo” (ibidem:95).

Siendo que la emoción es un emergente de la vivencia postural en el lactante, y que la captación de sus expresiones (la sonrisa por ej.) provoca invariablemente, una reacción en su entorno, podemos pensar que esa modalidad expresiva y gestual de servir a las relaciones interpersonales pareciera confirmar que el cuerpo posee (aún en etapas tan precoces) la capacidad de salir al encuentro del *otro* (un otro, imprescindible para la supervivencia y el desarrollo). Tal vez la idea que resume esta valoración es que “Lo social, o más precisamente la necesidad del otro, está inscripto en lo orgánico” (ZAZZO, 1981) y la expresión emocional

es la que porta los vocablos de esa inscripción, vocablos que: buscan, piden, evocan o provocan para sostener una interacción sin la cual, las potencialidades del ser Humano no se confirman como propias.

Por otra parte, encontramos que Stern diferencia dos instancias en la evolución de la sonrisa infantil. Una, primera, que corresponde al desarrollo de tendencias innatas y otra, segunda instancia durante la cual “(...) para mantener el pleno grado de despliegue del comportamiento representado por la sonrisa (...)”(STERN, 1983:80) se debe afianzar la presentación de un refuerzo comportamental de tipo visual (lo cual nos remite a la mencionada importancia de la “presentación” de las emociones).

Durante la segunda instancia, de refuerzo comportamental, que transcurre en el entorno de los cuatro a seis meses de edad este autor registra un importante cambio en la expresividad de niños ciegos, cuya sonrisa pierde “luminosidad y atractivo” a pesar de haber pasado por los mismos estadios de desarrollo, en idéntico tiempo que los niños videntes.⁵

Marcelli (2000) a su vez, registra que en ese segundo trimestre de vida la sonrisa comienza a manifestarse, no solo como respuesta al aumento de excitación de origen postural y afectivo sino, también, a consecuencia de otra particular forma de excitación que radica en la captación de las variaciones rítmicas y aparece por lo tanto, ligada a la espera cognitiva de un suceso (grato). También Jacobson menciona el fenómeno de la espera como una fuente de excitación para la explosión de la risa: “La sonrisa en especial, pero también la risa, se presentan en los niños de corta edad como una reacción general o anticipación a cualquier tipo de gratificación intensa.” (JACOBSON, 1971:68).

⁵Lo cual parece confirmar la primacía que mantienen los *estímulos visuales* en el desarrollo de los “Mecanismos desencadenantes innatos” (investigados también en otras especies animales por los teólogos mediante la técnica basada en el “Método de presentación del maniquí”.....)

Las apreciaciones referidas parecen concluir en torno a la siguiente idea: entre los cuatro y los seis meses la construcción (cognitiva y afectiva) de la *espera* de un suceso (grato), viene a reforzar en el niño la capacidad de llamar o convocar al vínculo, por efecto de la risa que es un recurso de valor positivo para el entorno y placentero para sí mismo y cuya expresión originaria (de naturaleza exclusivamente refleja y fisiológica) tiende, por entonces, a debilitarse.

Podríamos aseverar que la *construcción de la espera* fluye a ritmos diferentes según se encuentre asistida o no, por la percepción visual del rostro sonriente del interlocutor. No porque se trate de la única opción para el apaciguamiento de la ansiedad que subyace a toda demora; sino por tratarse de una vía privilegiada, que oficia (a todas las edades) como desencadenante natural de un Mecanismo relajador Innato.

Durante el segundo trimestre de vida entonces, la confluencia de procesos de maduración habilita en el comportamiento del lactante un salto cualitativo por el cual las fuentes de la excitación que se liberan en la risa desbordan, paulatinamente, lo estrictamente postural y se nutren de procesos cognitivos y vinculares de particular relevancia para el desarrollo individual. El cambio que sufren los juegos de cosquillas (característico en la crianza de los niños de las más variadas culturas) da testimonio de ello:

“En este estadio del desarrollo, la excitación no viene sólo del dominio sensorial. En efecto, ahora proviene de la espera de las cosquillas y de la incertidumbre. A partir de este momento, es la modificación del ritmo que cosquillea la psiquis, el alma del niño, provocando de esta manera la risa, no es más la mano de la madre sobre el cuerpo.” (MARCELLI, 2000: s-p)

En torno al sexto mes los progresos que le permiten al niño anticiparse a la percepción directa de las cosas y los progresos de la actividad instrumental habilitan una modalidad

nueva de juego por la cual, él mismo puede tomar la delantera de la excitación para suscitarla y el estallido de la risa refuerza los resultados de su propia acción.

En ese periodo, la sonrisa tiene ya la cualidad de inscribirse en un complejo emocional (WALLON, 1979) y se produce una reorganización que se consolida en las respuestas de acercamiento tanto como en las de evitación. Las respuestas que se producían hasta ese momento aisladas, se organizan en sistemas diferenciados porque admiten una presentación simultánea junto a otras expresiones faciales y de ello resulta un comportamiento combinado y complejo.

A esa edad y por efecto del enriquecimiento expresivo que producen las expresiones afectivas del niño y el desarrollo de una motilidad voluntaria, el entorno humano inscribe las expresiones de la risa entre los significados de la Alegría. “La risa y los lloros han llegado a ser en nuestro medio sinónimos de alegría y de tristeza hasta el punto que parecería que no han existido sino para expresarlas.” (WALLON, 1979:103).

En suma, la sonrisa tiene en el desarrollo individual, un protagonismo precoz; en cambio la risa es de aparición posterior, es un comportamiento que no se manifiesta al nacer ni durante los primeros meses de vida. En sus inicios (4-6 meses) responde a una estimulación externa, su aparición parece acompañar la maduración interfuncional (que habilita la percepción de la musculatura esquelética y la percepción exteroceptiva) y conduce al niño de meses, con facilidad, hacia ese paroxismo de la resolución tónica que son las carcajadas.

Podemos apreciar que la risa compone la expresividad infantil con mayor naturalidad que la del adulto. Esto se debe a que la expresividad del adulto ha quedado supeditada a la transformación que sufre la expresión emocional en la especie: “(...) el Hombre pudo superponer a los centros subcorticales de la emoción los de la mímica, que se asientan en la

corteza, como los del lenguaje.” (íbidem:100); proceso este, que habilitó modalidades más sutiles del sentir y cuya expresión admite una amplia gama de manifestaciones: “(...) que va de las manifestaciones más orgánicas de la emoción a los matices mas delicados de la sensibilidad intelectual.” (idem). Por esta causa en las etapas del desarrollo durante las cuales el lenguaje se impregna de códigos simbólicos y modelos culturales de comunicación, la risa diversifica su expresión y llega a manifestarse al servicio de una comunicación voluntaria antes que, al servicio de la resolución tónica (función autónoma).

La comunicación humana está determinada a la vez, por la naturaleza expresiva que ostenta el cuerpo y por, la matriz de relacionamiento propia del grupo al cual se pertenece; en determinados contextos culturales se incurre en un adormecimiento de la capacidad de convocatoria del cuerpo humano. Cuando la risa estalla (fundamentalmente cuando deviene carcajada) tiene la capacidad de desatar una movilización tónico-emocional intensa durante la cual el cuerpo adopta la manifestación de una liberación expansiva y convoca primitivas formas del encuentro en un contexto de mutualidad pero nunca escapa a los patrones del comportamiento sociocultural, del cual recibe nuevos significados⁶ y eventuales constricciones.

—————LA RISA EN EL DESARROLLO COGNITIVO—————

La percepción de lo cómico es de aparición aún posterior en el desarrollo humano. El estallido de la risa en los sucesos cómicos refleja nuevas adquisiciones (cognitivas y vinculares) que vienen al auxilio de la percepción (corporal) del universo infantil. En este

⁶ El desarrollo de estos conceptos se presenta en el Anexo.

caso la risa resulta ser una distensión secundaria a la tensión que se generó en la espera de algo y surge en la dinámica de la espera aún cuando esta se suceda sin demora (la caída, el tropezón, el lapsus motor, el error cinético, etc.). Lo que se percibe cómico es algo que desborda la previsión que se tuvo del suceso, una transgresión desata esa risa.

Toda espera de un desenlace supone un reconocimiento de la secuencia y una anticipación (conciente o inconsciente) de aquello que vendrá. El suceso cómico es un acontecimiento que elude la anticipación. No es la interrupción de la secuencia lo que deviene en suceso cómico, hecho que remite a la ausencia o *falta* en el decir de MARCELLI (2000), sino el matiz que toma la secuencia cuando, finalmente, se construye una variación que burla lo previsto pero lo completa, modificando su sentido original, por ello sorprende y aumenta la excitación.

A partir de las observaciones que realiza Marcelli (idem.) respecto a la vivencia de la *falta* y la *falla* materna, respectivamente, durante etapas tempranas del desarrollo podemos inferir que lo que subyace a la percepción del suceso cómico (aquel que aún fallando a las expectativas produce la risa), son factores de construcción enraizada en el desarrollo individual, la tolerancia a la *frustración* (en la dinámica pulsional) y el investimento, positivo o negativo, de la *incertidumbre* (en el nivel cognitivo) parecen ser indicadores del mismo proceso de crecimiento, es decir de construcción solidaria en etapas tempranas del desarrollo.

No todos ríen a consecuencia de los imprevistos y no todos los imprevistos desatan la risa con idéntica facilidad.

Jacobson observa que, en el entorno de los 2 años y 2 meses, la risa se presenta fundamentalmente “ligada a un gran número de experiencias todas ellas vinculadas al sistema motor” (JACOBSON, 1971:68). Pero, advierte inmediatamente: no es la simple estimulación del sistema motor lo que desencadena la risa, sino la asociación específica de otros elementos

a esa estimulación. Ellos son: la rapidez (o la fluctuación de velocidad) en la presentación de los estímulos y lo repentino o imprevisto de su presentación.

El placer de reír a consecuencia de algo cómico radica según la autora en tres variables de igual importancia:

- a) el grado de excitación que precede a la risa.
- b) la velocidad con que se produce la descarga de esa excitación.
- c) el elemento “imprevisto”, es decir la interferencia de lo repentino.

Excitación y descarga de la excitación constituyen los dos polos de un ciclo sobre el cual se desarrolla la dinámica de los juegos interactivos con el bebé.

El análisis de los primeros juegos sensoriomotores con el niño (cosquillas, lanzar al aire, corridas, atrapadas) confirma este ciclo fundamental de carga/descarga (repentina) de la excitación. La resolución del ciclo se acompaña de una liberación fácil del tono en movimientos y estallidos de risas.

Durante los juegos sensoriomotores, en el periodo de ensayo o “preparación”, el adulto repite una sucesión. Esta repetición carga de significado los acontecimientos y provee al niño de una comprensión primaria que habilita al anticipación y con ella, la espera de un suceso.

Según Marcelli (2000) la confirmación de esa serie o secuencia de estímulos (cuando ocurre) proporciona al niño una notable gratificación que se acompaña de *una prima de placer*. Lo cual carga, a su vez, la espera del acontecimiento con un afecto positivo porque en esa secuencia los estímulos se desarrollan sobre un lazo temporal de repetición confiable; ello le permite al niño captar la in/tensión gestual, es decir la dirección implícita de los acontecimientos de la serie.

Podemos pensar que: en esa captación primaria de la secuencia, todavía ligada a lo sensoriomotriz, es que se despierta una “espera cognitiva”, sobre la intuición de que un movimiento sucede a otro y que la (posterior) construcción en el desarrollo cognitivo, de la noción de *causalidad*, será consecuencia de esta comprensión intuitiva e inconsciente, solidaria aún, a la captación rítmica de la secuencia temporal. Al respecto Marcelli señala que el compromiso afectivo con la acción, es lo que permite “ligar las categorías de la actividad perceptivo-sensoriales a las categorías continuas de la vivencia afectiva” (MARCELLI, 2000: s/p).

Por otra parte, en cuanto al aumento de excitación que ambos autores relacionan con la espera es preciso aclarar que la excitación es consecuencia de la curiosidad y la novedad. La repetición incambiada de los estímulos atenta contra el desarrollo y por lo mismo, contra el impulso a predecir (o sea, a comprometerse en la acción). Cuando el interés se apaga no aparece ya la función de anticipación, ni se percibe la *confirmación* de la secuencia como un incentivo del cual emerge una *prima de placer*. La repetición excesiva extingue el efecto inicial del estímulo.

El debilitamiento de la espera es lo que ocurre durante los rituales d adormecimiento, en los cuales aquello que “seda”, lo que permite “bajar la guardia”, “desconectar” los sistemas de alerta es, precisamente, la confirmación recurrente de lo pre/visto.

Los primeros juegos sensoriomotores, aquellos que los emulan en los Parques de Diversión (para niños o adultos) y los que genera el niño en la dinámica sensoriomotriz de la Sala de psicomotricidad se desarrollan, efectivamente, en torno a un ciclo de carga y descarga de la excitación y de una espera, más o menos burlada por el imprevisto.

En estos juegos la aceleración imprevista, la caída, la detención abrupta, la velocidad que toma el desplazamiento, se acompañan de un sentimiento que tiene su origen en el

contraste radical por el cual la excitación busca rápida descarga, produce la contracción espasmódica del diafragma y compone los rasgos de la emoción. Cuando la excitación es alta la descarga final “(...) suele sobrevenir como un climax sorpresivo, ocasionando, evidentemente, por el súbito retardo o cese del movimiento que produce un alivio repentino, acompañado de una descarga motora intensa, convulsiva y placentera en forma de risa” (JACOBSON, 1971:71).

Si la excitación es fuente de expectativa y por lo tanto, incentivo para la comunicación, si una de sus modalidades naturales de descarga es la risa, es factible considerar la desaparición de la risa durante una actividad de intercambio como una de las señales emitidas involuntariamente para alertar sobre el agotamiento del estímulo inicial o sobre el investimento negativo de la espera (o el imprevisto) en cuestión.

Al psicomotricista le atañen estos indicadores porque su tarea es la de promover en el niño la capacidad de decirse auténticamente y crear, en el sentido de desarrollar sus propias iniciativas sobre la realidad.

EL IMPREVISTO Y LA RISA EN LA SALA DE PSICOMOTRICIDAD

A grandes rasgos hemos identificado que el suceso cómico aparece a consecuencia del cambio, la sorpresa, el sobre/salto, capaz de volver inútil la previsión porque escapa a la regularidad de los acontecimientos pero, debemos señalar, el cambio sólo se percibe en el contexto de la regularidad. Sin una captación previa de la secuencia no hay anticipación posible y por lo tanto, no hay investimento positivo, ni previsión. Por el contrario, en una realidad impredecible el cambio atenta contra la propia integridad porque no admite adaptación.

En el marco de los acontecimientos fisiológicos, de los cuales depende la supervivencia del individuo (el sueño, la alimentación, la higiene), la organización de los acontecimientos de manera predecible a consecuencia de la reiteración de estímulos es un elemento altamente estructurante. MARCELLI (2000:) señala: “Cuando el “maternage” y las condiciones del entorno son satisfactorias existe una ritmicidad en el transcurrir de esas experiencias, con una gran similitud de un día por otro e incluso de una parte de la jornada a la otra”. Podemos pensar que esa regularidad que el autor menciona en tono a algo que presenta como los *macrorritmos* de la relación, aquellos que tienen el objetivo de asistir las necesidades fisiológicas, es imprescindible para el nacimiento psíquico, pero no por ello suficiente para su desarrollo.

De acuerdo a ese planteo toda vez que el macrorritmo de nuestra existencia mantengan cierta regularidad y la sorpresa se remita al ámbito de los microrritmos (ej. las

interacciones lúdicas que son del dominio de lo aleatorio), el imprevisto será un importante factor de crecimiento psíquico porque desafía nuestras capacidades y fuerza la adaptación hacia nuevos márgenes.

Podría pensarse que esta es precisamente, la función materna que Stern (1983) destaca cuando refiere a “las virtudes del pasarse de rosca” según lo cual: la regulación del vínculo madre-hijo se desarrolla sobre la habilidad materna para valorar la tolerancia del niño a la situación... y desafiarla.

La función que define Winnicott de presentación del objeto se construye, también, sobre esa capacidad materna para interactuar atendiendo a las señales emitidas por el niño, pero con objetivos que superan su existencia concreta, forzando con ello los mecanismos de su adaptación.

“Entiendo por pasarse de rosca el hecho de que la madre, de modo más persistente que lo habitual, traspase por exceso o por defecto los límites de tolerancia del niño [...] Tan sólo cuando es excedido un límite se ve forzado el niño a realizar alguna maniobra de copia o de adaptación para corregir o para evitar la situación, o para señalar a la madre que altere el ambiente inmediato del estímulo.” (STERN, *ibidem*:123).

Se puede considerar que la psicomotricidad toma par sí esa modalidad de asistir el crecimiento. Existe en Sala de psicomotricidad un macrorritmo, constituido por el encuadre (dentro del cual se insertan los microrritmos de la actividad) compuesto por los Materiales, las Reglas de la interacción, la distribución del Espacio, Tiempo y el Rol del psicomotricista (sistema de actitudes y tecnicidad característicos). El juego se inicia y culmina, cada vez, dentro de esos parámetros de interacción. El juego podrá adoptar entonces, todas las variantes posibles porque compone un microrritmo, que empieza y termina, entre variables que resguardan su continuidad en el tiempo de la sesión, y en otros tiempos (los próximos lunes,

la próxima vez). En ese contexto (previsible) es que se puede presentar el imprevisto, la sorpresa de algo que escapa a la anticipación, un desborde de la visión previa y de las esperas (concientes o inconcientes, cognitivas o afectivas). Sorpresa o imprevisto que deviene durante la creación y por lo cual, el investimento afectivo cobra un valor agregado al tiempo que fuerza la capacidad de adaptación, la de ambos: el niño y el adulto. Imprevisto disparador de nuevas conductas, habilitado por cualquiera de los participantes en la relación.

“Durante el estadio del espejo la madre acompaña los movimientos posturales del niño con su propia continuidad, ese movimiento en espejo no es una imitación, es un acompañamiento y una continuación de los movimientos de la criatura. Luego, de repente aparece la sorpresa: una negativa, una oposición; ese es el cambio, el desborde de la madre por parte del niño. Un desborde en el funcionamiento simbólico.” (BERGES, 1997)

La posibilidad de que algo sorprenda se construye sobre la capacidad de asombro del interlocutor, los niños la poseen de manera natural amplificada por su inexperiencia; para el adulto, en cambio mantener la capacidad de asombro es una tarea de construcción permanente que se logra por la vía del desarrollo emocional antes que por la vía racional.

UN RECURSO (personal) DEL PSICOMOTRICISTA

La siguiente observación se realiza sobre un grupo de niños que asiste a Tratamiento psicomotriz integrado por niños, varones, cuyas edades oscilan entre los 8 y 10 años. La situación analizada expone un juego que se gestó a consecuencia de iniciativas individuales que convergieron, a lo largo de tres encuentros consecutivos, en el espacio del juego sensoriomotor, y de lo cual resultó, finalmente, un juego simbólico y de significados

compartidos. El grupo está integrado por cuatro niños: G., D., M., y E. Asisten a tratamiento desde hace 6 meses, una vez a la semana, en sesiones de 45'. trabajan con ellos tres psicomotricistas.

Presentación del juego de la montaña y sus protagonistas—————

Durante sucesivos encuentros fue gestándose en la Sala de psicomotricidad un juego enriquecido por la iniciativa de todos los integrantes del grupo que transcurre, en términos generales, con las siguientes características, tras ingresar a Sala los niños se ocupan en:

- derribar la *pared de prismas*
- construir, por lanzamiento, una enorme montaña de prismas
- escalarla y dejarse caer entre los intersticios (“grietas” desde donde piden ayuda para ser rescatados)
- el rescate lo realizan niños y adultos que coordinan sus iniciativas utilizando para ello, telas, sogas y su propio cuerpo
- en ocasiones los niños desafían a los adultos a trepar la montaña y disfrutan creando situaciones de inestabilidad para promover su caída
- en ocasiones los adultos (a pedido de los niños) son los encargados de esconder “tesoros” entre “las rocas de la montaña” (10 a 15 almohadones pequeños) y la espera, ansiosa, de los niños culmina con un amplio despliegue corporal de quienes intentan encontrarlos; para ello trepan primero, hasta el punto más elevado (próximo al techo de la habitación), al tiempo que la montaña empieza a ceder bajo sus pies y luego buscan en lo más profundo y se sumergen hacia el centro mismo de la montaña, donde únicamente las voces sostienen la comunicación.

viñeta clínica

D. inicia la escalada de prismas *“hasta arriba del todo”* y cuando llega a lo alto se lo ve disfrutar: la respiración agitada, la mirada brillante, sonríe satisfecho, saluda, pide que lo vean y cuando lo han mirado, se zambulle entre los prismas nuevamente, hasta quedar escondido. Allí permanece, tapado de prismas, con escasa visión, con paredes blandas que amortiguan las voces de los que lo están buscando: porque notaron su ausencia y porque lo quieren encontrar.

Cuando, finalmente, se completa el “rescate” se lo ve sonriente en la superficie mientras otros asumen el personaje del “accidentado que cayó en las grietas”. D. rodea la montaña y encuentra un cilindro hueco, de espuma, forrado con tela, que decide utilizar *“para construir el traje del Rescatador”*.

Con ayuda de una Psicomotricista ajusta el cilindro a los requisitos del “traje” : tiene que *“sostenerse solo, contra mi cuerpo, para poder soltar los brazos durante el rescate”*, tiene que *“ajustarse más contra mi cuerpo para no perderlo cuando me tiro”*, tiene que mantener la parte superior a la altura de las axilas *“para mover las piernas cuando trepo”*, etc, etc.

Los preparativos llevan su tiempo, hay que buscar materiales que ofician como “cinturones” y preparar las reformas, los ajustes del diámetro del cilindro a su cuerpo no son sencillos y se desarrollan con una gran ceremonia por parte de los dos, del “Rescatador” y su asistente de vestuario.

Mientras tanto la acción transcurre en la montaña con intensidad, D. atiende los arreglos y sugiere reformas pero su atención está captada por la escena en la montaña, se lo ve deseoso por probar el traje en acción.

Una vez terminados los arreglos el resultado lo conforma y decide inmediatamente buscar un punto elevado desde el cual “saltar al rescate”. Empieza a trepar la escalera de madera pero, a medida que sube, descubre que le cuesta mantener el equilibrio. El traje lo presenta mucho más gordo de lo que es y las proporciones de su cuerpo son exageradas. La Psicomotricista lo anima, lo sostiene, elogia su “presencia”.

D. sube trabajosamente la escalera asistido por las manos de la psicomotricista en la espalda, cada vez más alto, cada vez mas expectante (y con mayor inestabilidad); sube un escalón y se detiene a reestablecer el equilibrio; entre risas ansiosas, intenta dar otro paso y pierde dos de los almohadones que rellenan el traje. Mira entonces, a la Psicomotricista, preocupado, con expresión de decepción, en un gesto que oscila entre el abandono de la idea y el enojo. La Psicomotricista se esfuerza por alcanzar el almohadón sin perder, ambos, el equilibrio y reanuda la conversación con una exageración del discurso: *“Pero, Señor superhéroe, estos trajes!!... mire usted ya no vienen como antes! Tenemos! que hablar con ese Sastre...”* (el discurso se acompaña de una mímica sobreactuada). Estalla entonces, la risa de ambos que trepan a la parte alta de la escalera, realizando grandes esfuerzos por contener las risas y mantener el equilibrio. D. ríe, ahora, porque sus pies no se ven bajo el disfraz, porque parece *“una señora bien gorda y que se le pierde una parte de la grasa”*.

Preocupados por no perder el “traje” durante la caída, saltan juntos desde la escalera hacia los colchones. El “superhéroe” y su asistente caen a los colchones abrazados, los brazos de uno, las piernas del otro, los almohadones chicos, el cilindro más desinflado y el “superhéroe” que no logra levantarse, los hace reír a carcajadas, hasta las lágrimas.

La excitación previa a la risa

La dinámica del juego que transcurre “en la montaña”, contrapuesta a la quietud que demanda la construcción del traje, favorece en D. el impulso al movimiento y las ganas de “salir a jugar”. A su vez, la trabajosa sucesión de pasos que se requieren para el desarrollo de la idea primaria: construir un traje para salir a rescatar” aumenta la espera y con ella, las expectativas sobre el resultado.

Pero existe aún, otra excitación en D., la que tuvo su origen durante el juego sensoriomotriz. Una excitación que se generó, específicamente, en el registro inconsciente del cuerpo, de su peso, de la tensión muscular y las diferentes fuerzas presionando sobre la cadera, los hombros o las piernas mientras se dejaba caer sobre los prismas; en la percepción (inconsciente) del esfuerzo por resguardar la cara durante al caída y también, en el contacto de los prismas cuando apoyan en la espalda (que se siente diferente a cuando apoyan en el vientre) y, finalmente, en la sensación de “rebote”, de potencia en las piernas, que acompañó seguramente, ese sentimiento de “victoria” que prosigue a la caída libre cuando uno se ha entregado a ella.

Hay, en ese juego, una intensa movilización tónica que amplifica la sensación de vitalidad (y con ella la pulsión motriz) porque favorece la circulación de energía por zonas en las cuales las tensiones posturales habituales se diluyen, a favor del movimiento o se mantiene y, en este caso, se “muestran” en la forma de un dolor, calor, temblor muscular o rigidez articular (que son otras formas de sentir el cuerpo).

En ello específicamente, radica el factor que garantiza la movilización emocional (imprescindible a todo proceso de terapéutico), en la habilitación de una improvisación para el itinerario del movimiento, que no admite la intermediación de la idea, es decir no admite

otra acomodación postural que la que se pueda lograr por mecanismos inconscientes ligados a la historia profunda del sujeto.

El juego sensoriomotriz no se trata de un despliegue corporal al servicio de la destreza, prosiguiendo un objetivo de control y dominio postural. Se trata de un juego en el que el control (postural y afectivo) cede a favor del deseo de movimiento y del placer. Un placer que se desprende de las funciones vitales que componen la pulsación orgánica determinada por el aumento del flujo circulatorio, al aceleración del ritmo respiratorio y, con ello, la distensión del tono muscular que favorece la emisión de sonidos encógenos, carcajadas que suenan “desde adentro” y temblores del diafragma (cuando busca distenderse) que se sienten en el centro de la panza.

Ese es el cuerpo que D. detiene al momento de construir el traje, uno con otra sensibilidad al tacto, con otro brillo en la mirada, con la mímica distendida, movedizo e inquieto y, fundamentalmente, con una *disponibilidad afectiva* que surge de la intensa movilización emocional que experimentó mientras jugaba.

La desaparición de la risa—————

Durante la construcción del traje, la necesidad de ajustar el diámetro del cilindro a su cuerpo se resuelve colocando una gran cantidad de almohadones pequeños entre ambos. En el transcurso del procedimiento D. ríe, la nueva sensación le agrada, lo sorprende, lo hace olvidar momentáneamente su objetivo final y se permite liberar esa excitación; pero la risa desaparece rápidamente.

En ese momento D. no se ha permitido más que una fugaz distensión a favor de intensas sensaciones corporales y de las asociaciones que desencadenaron. La

Psicomotricista comprende esa, “su necesidad” de retomar la idea directriz y completa la tarea con esmero.

La interrupción de la risa nos advierte sobre la necesidad que tiene D. de continuar con la idea primaria sin dar cabida a otras emociones que se presentaron durante la construcción del vestuario. Es difícil retener la risa cuando esta se presenta e improbable que desaparezca por sí misma, porque es una resolución (fisiológica y afectiva), entonces: el cambio de actitud corporal señala, en definitiva, un cambio de actitud mental por el cual la distensión se convierte en concentración.

La Psicomotricista acompaña el ritmo de las emociones en D., no impone (a pesar de su fuerza de realidad) la visión de la situación que luego él mismo presenta. D. buscaba una figura que lo represente como un Super-Héroe, poderoso, y fuerte, aquel juego de almohadones aprisionados contra su cuerpo le devuelve otras sensaciones que no son precisamente, de fortaleza y poder. “Parezco una señora gorda” dirá más tarde cuando, por causa de un imprevisto se suelte a reír en la escalada final de las carcajadas.

La Psicomotricista se ajusta a su tarea en tanto partenaire del juego. No busca provocar reacciones, ni usurpar el protagonismo del niño, se mantiene a la escucha de los indicadores que este emite inadvertidamente, y registra la intención de continuar con la idea del traje a pesar del desvío circunstancial.

La tarea del partenaire durante el juego es la de sostener, desde lo simbólico, el personaje que el otro demanda para favorecer el desarrollo de su juego, el Psicomotricista no es un “animador” del juego. Su tarea no es la de amplificar o generar situaciones para el niño, sino con él; tampoco es la de quedarse atrapado en el personaje que el niño demanda. La lentitud de sus movimientos, el tono de voz y la expresividad de su gesto, son elementos que contribuyen a sostener el personaje, más allá de los dominios de su persona.

El partenaire no es el psicomotricista, no es El, es una tarea suya. Una tarea durante la cual su modalidad de responder, su ingenio personal, su humor, expresión mímica, son cualidades útiles para desarrollar el soporte que el niño requiere en su juego.

En ocasiones ese soporte requiere una personificación que se nutre de las cualidades expresivas (la calidad de la voz, de la mirada, la tonicidad de sus movimientos incluso, la energía que sostiene sus intervenciones). En otras, el soporte es de carácter impersonal, es un Otro con quien interactuar desde el “pensamiento en voz alta”, un espejo emocional o por el contrario, un destinatario visible de las in/tensiones del niño.

El imprevisto en el juego

D. resuelve finalmente, iniciar el rescate trepándose para ello a la escalera y acontece entonces la caída de los almohadones que rellenan el traje.

La irrupción de lo imprevisto es la ocasión que el partenaire ha tomado en este caso para desdramatizar algo que se vislumbraba: la pérdida del resultado buscado con la idea original.

La habilidad del psicomotricista para desdramatizar es una cualidad que se despliega habitualmente, en las instancias en que emerge en el niño una pulsión que convierte su acto en agresivo (para él mismo o para el entorno); es un componente de la tecnicidad, un recurso que se construye sobre el reconocimiento de que existe un sentido original del acto, que no es precisamente “un deseo de hacer daño”. El sentido profundo de la agresión es “una demanda para situarse en la dinámica afectiva del otro” (AUCOUTURIER, 1985:196). La tarea del psicomotricista será la de resguardar la seguridad en Sala y generar, al mismo tiempo, las condiciones adecuadas para asistir esa demanda que, muchas veces, responde a un impulso de acción de riesgo, francamente intenso.

Esa modalidad de acción por la cual se inscribe un episodio dentro de la eventualidad del juego y se lo remite a un área (microrritmo) en la cual se vuelve menos amenazante, es un episodio que los niños protagonizan naturalmente. El juego de los niños está lleno de situaciones en las cuales la idea original deriva, por efecto de los imprevistos, en ideas nuevas.

La explicación de eso se encuentra en que: el juego del niño es básicamente, una tarea de acomodación que se desarrolla por vía de la acción de este sobre su entorno; más específicamente por vía del ensayo, de lo cual resulta que las probabilidades del error (la falla), en la resolución de una idea proyectada, son múltiples.

La Psicomotricista desde su rol habilita un sentido positivo para el imprevisto y es el niño quien tomará o no, ese sentido como propio de acuerdo a sus posibilidades.

“En ese momento creador, de respetuosa broma, el área de juego desdramatiza la tensión, oculta la emoción sin ahogarla, y puede liberar el conflicto y la angustia que se imponen al niño. El humor deforma la realidad para aceptarla mejor y abre el campo a un distanciamiento emocional (...)” (AUCOUTURIER, 1985:207).

El traje que se desarma—————

El que una falla sea vivida o no como un fracaso que conduce eventualmente, al abandono del proyecto; o por el contrario, se experimente como un suceso más en el devenir de la idea, del cual pueden surgir nuevas ideas depende del niño tanto como del entorno que le brinda una réplica emocional determinada.

Son los adultos (de ciertas culturas más que otras) quienes experimentan la irrupción de lo imprevisto como una interrupción que atenta contra el éxito de la idea. Por lo mismo lo asocian afectivamente a una impresión de fracaso que socava profundamente las capacidades personales.

El origen de esa percepción está en los objetivos que subyace a la acción. En el caso del adulto la prosecución y el éxito de una idea están ligados (por factores socioculturales) a la noción de planificación, en términos de resultados; porque son consecuencia de los conceptos económicos de rendimiento y eficacia largamente acuñados. Hay en ellos una función cognitiva al servicio de la manipulación en el sentido utilitario del término.

En el caso del niño cuando juega, toda concordancia entre el proyecto (o su precursora, la anticipación) y los resultados obtenidos, le otorga a la actividad una prima de placer, pero no es el objetivo del juego. La idea puede ser el desencadenante pero también el punto de arribo de las asociaciones que el pensamiento construye sobre la manipulación de la realidad. Es la manipulación de la realidad en sí misma, lo que protagoniza y alimenta el juego. Por ello la Psicomotricista, lejos de cimentarlo en una idea original, le ayuda a desprenderse de ella, habilitando la vivencia emocional que provee, siempre, ideas nuevas.

La irrupción del imprevisto en el juego no hace sino, reflejar la propia dimensión azarosa de la realidad, que alimentará en el niño su deseo de comprenderla (para manipularla mejor aún, tal vez), o le hará vislumbrar las limitaciones de la acción y de los métodos de intervención utilizados y de lo cual, surgirá el desarrollo de nuevas estrategias personales, cognitiva y afectivas.

La escucha del psicomotricista

El psicomotricista es, en el ámbito de la Sala, un referente privilegiado para el niño, la actitud que él asume (conciente o inconscientemente) durante un imprevisto, trasmite un sentido que puede refutar o confirmar una tendencia, íntima, al abandono de la idea (ligado a una sensación de fracaso personal). No siempre los imprevistos requieren de una

desdramatización, eso es lo que la Psicomotricista deberá evaluar en virtud de su capacidad de escucha.

La actitud de escucha, que se construye sobre la disponibilidad afectiva, es la que sostiene la eficacia de su intervención porque supone una reacción basada, fundamentalmente, en la empatía tónica. Es decir, basada en las señales que se perciben por canales diacríticos y cenestésicos de comunicación. Sobre una percepción que responde a señales no verbales (postura, tensión y tono, calidad de la mirada y vibración de la voz), y genera una sensibilidad tónico-visceral (investida afectivamente). Pero, al mismo tiempo, admite un anclaje en la realidad objetiva, es decir la del contexto en el cual se despliega esa vivencia subjetiva evitando entonces, la invasión de un sentir sobre el otro, lo cual permite mediatizar la reacción.

La seriedad del juego

Podemos considerar que toda vez que la risa de un partenaire amplifique la distensión tónica experimentada por el niño constituye una modalidad, privilegiada, (aunque de presentación irreverente), de comprometerse con la situación y por lo mismo, un aliciente afectivo para el aprendizaje de la realidad porque, bien sabemos: aquello que le otorga seriedad (valor trascendente) a un episodio, no es la solemnidad de la situación sino el grado de compromiso que sus protagonistas asuman para con él; a propósito de lo cual: “Los etólogos han observado la enorme aceleración del almacenaje de recuerdos en los animales bajo condiciones de tensión emocional.” (SPITZ, 1999:114). Esta observación coincide con las precisiones que realiza Wallon sobre la cualidad de las emociones para establecer nexos de gran carga afectiva en torno a los acontecimientos que la asisten: “La sensibilidad de las emociones es sincrética, es decir que tiende a aglutinar de manera indisoluble todo aquello

que pudo participar de ella, y así, la circunstancia más fortuita introducida en una emoción por los acontecimientos, llega a ser apta para representarla, o más aún, para provocar el retorno de sus efectos.” (WALLON, 1979:90).

El psicomotricista permite que el niño se exprese, sin por ello olvidar que este debe alcanzar la descentración, y acceso a dominio lógico.conceptual (operacional), de la realidad.

Los elementos de su tecnicidad promueven el sostén de la disimetría de roles y movilidad, necesarios para hacer ingresar las manifestaciones espontáneas de su expresividad en una dinámica en la cual, se favorece la evolución de las situaciones que el niño presenta por al vía del juego con un anclaje en la realidad. Responde por lo tanto, a la demanda del niño en función de un proyecto, Aucouturier lo formula de la siguiente manera:

“En nuestra práctica nos esforzamos por crear y reintroducir una dimensión ciertamente arcaica en una situación en la que el niño debe llenar a tope sus depósitos de bienestar en seguridad; esta reintroducción del placer sensoriomotriz, mas o menos mediatizada, debe abrir al niño a una dinámica de comunicación y creación.”(AUCOUTURIER, 1985:179).

Para lograr, con cada niño, este objetivo la práctica deberá permanecer debidamente encuadrada.

-ANEXO-

UN SIGNIFICADO CULTURAL PARA LA RISA

El significado que adopta la expresión de las emociones en un grupo es, siempre, resultado de una articulación entre su condición emergente de procesos naturales (ya considerados) y las conceptualizaciones que subyacen a la construcción cultural del grupo en cuestión. El análisis de esas conceptualizaciones (acuñadas, la mayoría de las veces, por mecanismos irreflexivos) favorece la interpretación de la diversidad constatada en el espectro de reacciones emocionales, a pesar de la universalidad a la cual responden.

¿Cuál es el lugar que ocupa la expresión emocional en la cultura occidental, contemporánea? ¿Cuáles los rasgos de la expresividad emocional que definen históricamente, la cultura uruguaya? ¿Cuáles los factores que le otorgan pertinencia? ¿Cuáles los códigos heredados para la interpretación del cuerpo y sus producciones?

Estas interrogantes demandan una revisión⁷ de la construcción corporal en nuestra cultura, por Uruguaya, Occidental y Cristiana pero también, por contemporánea. Es decir, por estar inserta en el desarrollo de tendencias resultantes de un impulso de globalización política, económica, tecnológica y, fundamentalmente: cultural. Globalización que se ha extendido de manera solidaria a los vertiginosos cambios en los sistemas de comunicación, que datan de finales de los años '60 y se extiende hasta la actualidad. Que avanza de manera diferente en los países de Oriente y de Occidente y que, aún dentro de occidente, los países que componen esta gran Gran Aldea participan de ella en calidad de primer o tercer mundo.

⁷ Que desborda la perspectiva central de este Trabajo

Una globalización que cuestiona profundamente la eficacia de las instituciones tradicionales y por lo tanto replantea la interrogante sobre ¿Cuál lugar adoptan los hombres en este nuevo orden? Específicamente su cuerpo, su pulsionalidad, sus emociones.

Las investigaciones desarrolladas en culturas tan diversas como las de Samoa, Manus y Fabra en la década del '30 por M. Mead y B. Malinowski advirtieron algunos de los complejos mecanismos por los cuales durante el desarrollo de los seres humanos las formas del sentir se convierten, paulatinamente, en un emergente de las condiciones concretas de su existencia. Wallon, Reich, Pichón Riviére abordaron el proceso de individuación desde enfoques que contemplan la incidencia del grupo sobre los procesos de construcción personal.

El análisis que presenta J.P. Barrán y será utilizado en esta sección investiga específicamente los cambios en la sociedad uruguaya que promovieron el desarrollo de una nueva sensibilidad en Uruguay hacia finales del S.XIX.; reafirma en la misma línea de interpretación, la importancia de contextualizar las expresiones del sentir. Tarea esta que, considero, repercute en la Psicomotricidad porque conduce a la revisión de variables socio culturales entre las cuales se construye la modalidad expresiva de los individuos.

La expresividad psicomotriz se encuentra en toda cultura sometida a la influencia que grupo ejerce sobre ella porque el grupo ofrece un parámetro de normalidad y toda norma o pauta cultural que rige los usos sociales tiene, precisamente, la finalidad de armonizar entre sí las manifestaciones individuales.

Nuestra cultura occidental, por ejemplo, es heredera de un dualismo de origen Teológico (reafirmado por otro, Cartesiano) a consecuencia de los cuales el cuerpo cargó durante siglos con una condición servil respecto a las dotes del Alma y de la Razón, consideradas, respectivamente, la cualidad esencial de la existencia humana; “(...) dos

referencias culturales que, transmitidas de generación en generación, están profundamente ancladas en nuestro inconsciente individual y colectivo.” (LAPIERRE, 1997:11).

El cuerpo es depositario de los valores sociales en todos los grupos humanos y adquiere un valor emblemático exaltado por su condición de “soporte material” para los símbolos del estatus cultural. Todo aspecto corporal: la alimentación, la higiene, los ritmos del descanso, la vestimenta y el hábitat, incluso los ritmos del descanso, se manifiestan influidos por las pautas aceptadas por el grupo en su mayoría, o por el grupo dominante de la sociedad, porque como lo expone Picard el cuerpo “Como elemento del sistema, sigue sus leyes de funcionamiento y es tributario de los valores que lo rigen.” (PICARD, 1986:68).

Los usos sociales derivados del orden burgués que colonizó la cultura urbana en Uruguay, a fines del S.XIX, entre (1860 y 1890) marcaron un cambio en las “sensibilidad” cuyo eco aún persiste en tanto que (entre otros factores que le dan continuidad) subyace a las instituciones que regulan y ordenan los vínculos sociales masivos, este es el caso del sistema educativo. La exposición que realiza Ana Quiroga sobre la construcción sociocultural de “Matrices de aprendizaje” introduce estos conceptos de la siguiente manera:

“(…) el tipo de relaciones que el hombre guarda con la naturaleza, lo que produce, el cómo lo produce, las relaciones sociales en las que se da, esa producción, determinan su siquismo, sus formas de vínculos, su sensibilidad [...] sus modalidades de interpretarse a sí mismo y de interpretar el mundo.” (PAMPLIEGA DE QUIROGA, 1985:24).

Profundizando en ello encontramos que los cambios originados por entonces en la sensibilidad uruguaya fueron consecuentes a un importante desplazamiento de población y capital europeo y de los efectos de la primera Revolución Industrial (por efecto de la cual el uso del vapor repercutió en la naciente industria montevideana, la agricultura y el transporte en algo que fue vivido como un primer proceso de modernización) (BARRAN, 1990).

Se desarrollaron dentro de un proceso que buscaba acompasar las pautas del comportamiento existente con las de una cultura “civilizada” para lo cual promovieron una nueva lectura de lo corporal a la vez que nuevas formas de interacción (con el cuerpo, su vida y muerte). La nueva ética desarrollada en esa sociedad introdujo una valoración de lo corporal que afectó todas sus expresiones: la sexualidad y la reflexión sobre lo sexual, la actitud ante la violencia, pero también afectó las formas del juego y la expresión pública de las emociones, la risa, el llanto y el dolor.

Como ocurre en todo orden social la finalidad (impuesta desde los sectores dominantes de la sociedad) fue la de asignar un lugar y actuación a las partes (individuos) en relación con el contexto (sociedad de clases al servicio de un régimen de producción capitalista). Ese fue el inicio de una modalidad existencial por la cual el cuerpo (disciplinado para una modalidad de trabajo industrial) fue tomando un lugar imprescindible en el seno económico que orienta los desvelos de esta sociedad. Es decir que la noción de cuerpo aparece (a consecuencia de su ingreso en un sistema de producción) al servicio de una tarea que promueve su postergación, el disciplinamiento expresivo, a favor de la producción y al propio cuerpo como un valor productivo.

Podemos pensar que la naturaleza pulsional de las emociones con sus manifestaciones características adquiere, en ese contexto, un carácter transgresor por la fuerza expresiva con la cual irrumpe, por el tipo de evocación afectiva intensa, porque moviliza a su protagonista pero moviliza, también, al interlocutor dada su capacidad de contagio expresivo o porque la emoción es incompatible con la planificación de la acción y la sensibilidad exteroceptiva. En términos generales diríamos que para la cultura de la burguesía el cuerpo pasó a ser depositario de las mayores constricciones porque el orden burgués se desarrolla a espaldas de la emotividad compartida y la pulsionalidad (“animal”) que eran hasta entonces, características

de la Sensibilidad reinante en la sociedad montevideana “(...) la del juego y la risa estridente, la libertad gestual, la muerte macabra exhibida, la violencia física y la desvergüenza con que el individuo se mostraba e imbricada en lo colectivo.” (BARRAN, 1992:11).

Mientras en la (anterior) cultura “bárbara”, nos hace reflexionar Barran, el juego y al risa omnipresentes fueron un emergente natural de las condiciones holgadas de la existencia humana, el vagabundeo y los trabajos que comprometían el despliegue de la fuerza, la destreza física y el ejercicio de la musculatura; propios de una cultura en la cual placer y trabajo no estaban reñidos, a tal punto esto que los propios ciclos laborales contemplaban un tiempo (nada menor) para al risa, la fiesta y el juego:

“Había [...] un ritmo estacional para al alegría, la risa, el desenfado del cuerpo y el juego, que tenía dos puntos altos, uno, en los dos meses de verano pleno, enero y febrero, el más extenso, excitante y desenfrenado; el otro, en el otoño, más breve y escanciado. Ambos estaban separados por al “tristeza” y la “abstinencia”, nunca totales, siempre transgredidas, de la Cuaresma.” (BARRAN, 1990:99).

A consecuencia del cambio de metas sociales se le asigna un nuevo significado también a la risa. Expresión que por entonces aún caracterizaba, liberadora y burlona, la vida pública:

“La risa grosera que practicaba la sociedad “barbara”, era otra manifestación más de la entrega del cuerpo al placer a costa de todas y cada una de las armas que encubren los órdenes sobre los que una cultura se basa.” (BARRAN, 1990:26)

En el nuevo contexto social la risa se hace depositaria de un sentido irreverente por no reverenciar o brindar pleitesía a los propios pilares del orden burgués, esto es: los espacios de la vida política y religiosa. La risa transgresora fue identificada con expresiones desafiantes y de cuestionamiento a la autoridad, con el desborde corporal y el desorden de los instintos.

La sexualidad estuvo moderada por el puritanismo, la apariencia corporal por el rescato, y el ocio fue desvalorizado a favor de la productividad laboral. La cultura “civilizada” se enfrentó al protagonismo que había asumido la festividad callejera y popular, en contraposición, aumentó la valoración del espacio de la vida privada intrafamiliar para enmarcar la expresión de los sentimientos.

Podemos señalar que ese cambio de la cultura montevideana, que define la tendencia al desarrollo de una sensibilidad intelectualizada antes que emotiva, por la cual la expresión moderada de los afectos y la mímica facial discreta (antes que el estallido corporal), se convirtieron en sinónimos de civilización y estatus social y madurez parece reproducir la propia evolución de la expresión emocional en el desarrollo de los seres humanos. Proceso por el cual el pensamiento llega, también, a proveer los estímulos desencadenante para la emoción con mayor facilidad en los adultos que en la infancia.

“Los motivos provocadores de la emoción pueden pertenecer a un orden de estimulaciones muy diferentes de su causa habitual; en lugar de ser físicas pueden depender de situaciones ideales y, por consiguiente, aquellas que el ambiente social impone al individuo o que están ligadas a su propio desarrollo psíquico.” (WALLON, 1979:104)

A pesar de ello, si bien la expresividad de los adultos se desarrolla supeditada a los códigos de “educación” que demanda (en unas culturas más que en otras) la discreción de su gestualidad, el recato del cuerpo, el pudor, aparentemente la emoción se registra durante las etapas iniciales del desarrollo con un protagonismo intenso y vivaz en todas las culturas por igual.

Por lo cual podríamos pensar que lo que se muestra en el fenómeno de la diversidad cultural que caracteriza la existencia humana con respecto a las emociones es que: los hombres han modelado, no su fuerza de contagio y su capacidad de con/mover (de desplazarnos hacia lo que siente el otro), sino aquellas instancias culturales que promueven o dificultan el surgimiento de la emoción en cuestión, esto es, según le asignen un lugar al cuerpo más o menos mediatizado.

Observemos por ejemplo las características que reviste la vida en la sociedad contemporánea. Inmersos en una cultura en la cual la racionalidad protagoniza los vínculos (próximos y a distancia). Nuestras acciones sobre el entorno, los otros, la producción y el cuerpo, están intermediadas por el conocimiento (o su “representante” en los medios de comunicación: la información). En una época en la cual la muerte y los lugares para la muerte se alejan y embellecen, lo cual es una forma de ocultar la brutalidad y el desamparo existencial que acompaña esa irrupción.

Los signos culturales de vitalidad se asimilan a un modelo de longevidad (lo cual encierra el concepto de “muerte improbable”); el cuidado del cuerpo se practica en una vertiente estética cuya belleza, paradójicamente, reside en en “tomar distancia de la inscripción corporal” (de las huellas que imprimen sobre nuestro cuerpo el Tiempo y la Actividad, dos variables sobre las cuales se edifica la existencia humana).

En una sociedad donde las condiciones concretas de existencia resguardan para el cuerpo un espacio de tránsito porque el crecimiento urbano (fundamentalmente vinculado a la especialización y separación de funciones) repercute en una existencia mucho más articulada y compleja y “la carrera cotidiana” intenta enlazar extremos que han perdido proximidad (casa-trabajo, casa-lugares de ocio).

Sociedad en cuyas viviendas es frecuente descubrir que la disposición del lugar para la alimentación y el descanso se orientan hacia un televisor y fomentan una forma de entretenimiento que se construye a condición de la pausa corporal (o un desplazamiento segmentario), que no desplaza su centro de gravedad y no despierta la necesidad de acomodación postural ante el imprevisto (por más que este sea parte de la imagen). Entretenimiento este, que por el contrario se nutre de un esfuerzo manual para co/mandar la acción que transcurre a distancia, en otro cuerpo, en otro espacio y del otro lado de una pantalla. Donde las fuentes de excitación nos involucran como espectador antes que actores. Mientras que la modalidad de excitación cognitiva, privilegiada muchas veces para desatar la risa exalta el concepto de ridículo (que se despliega sobre “el miedo a ser diferentes) en el cual abreva el Consumismo que sostiene la estructura económica de las sociedades posindustriales. Por lo cual, buena parte de los programas de “entretenimiento” o de “humor” se desarrollan sobre la reproducción de situaciones que colocan a sus protagonistas (de manera más o menos inadvertida) en situación de ridículo y sobre el registro visual de fallas o de errores cinéticos y posturales (bloopers).

En esta cultura se han creado lugares para experimentar el vértigo, la velocidad, la altura o la oscuridad (en los cuales la ansiedad subyace a los cambios respiratorios que desencadenan estallidos de emoción). Lugares donde la expectativa y la incertidumbre del recorrido sensoriomotriz impiden al previsión postural y por lo tanto, sorprenden: deslizan, apuran, lanzan o reciben al cuerpo que estalla en emociones intensas. Lugares donde la zozobra o la incertidumbre en el desarrollo del juego se combina con la velocidad de presentación de estímulos y en los que la risa corona la experiencia intensa, breve (y pagada). Espacios creados *para* el estallido de la emoción en una cultura donde, gran parte del tiempo libre se ocupa en esa otra manera de estar quietos para ver lejos, con la tele/visión.

Se trata de espacios “Enmarcados” (con horario y día específicos) para la explosión emocional intensa: en los gritos del partido de fútbol, los llantos del espectáculo en escena o para la distensión del movimiento y la risa en el sitio donde se baila y los Parque de Diversión. Lugares creados para experimentar la respuesta (corporal) al imprevisto y la sorpresa en una cultura, paradójicamente, sometida a una desenfrenada necesidad de control y anticipación de los acontecimientos; en la cual la Economía, la Política, la Salud, la Familia... incluso el Clima están minados por el desarrollo de Indicadores, Tendencias, Proyecciones y Pronósticos.

Es decir que, estamos inmersos en una cultura donde hay escaso lugar para una manera tónico-emocional de ser/estar en el mundo y de lo cual resulta que, en la vida cotidiana, es probable captar los estímulos desencadenantes de la risa en la dimensión cognitiva de la existencia antes que, en la circulación placentera de oleadas tónicas con origen postural. El estallido de la risa oficia como llamada natural para el encuentro entre los humanos pero, ciertamente no tiene el mismo valor afectivo el encuentro que resulta de la experiencia de reírse del otro, con el otro o reírse del imprevisto que los involucra a ambos, incluso reírse de sí mismo ante los otros. La expresión de la risa esta inscripta en un decir que se manifiesta por extensión de los modelos culturales construidos sobre ciertas modalidades de existencia concreta, de la cual emerge la sensibilidad y formas de pensar de sus partícipes.

El psicomotricista se presenta, con su propia expresividad psicomotriz, emergente (adulto) de determinada pauta sociocultural, en un rol que apela a su capacidad de establecer un vínculo de empatía y escucha tónico-emocional con individuos que atraviesan etapas del desarrollo (previas a los 7-8 años) en las cuales la expresión emocional tiene un

protagonismo natural, y etapas subsiguientes, en las que la emoción se manifiesta, cada vez mas, mediatizada por códigos simbólico-conceptuales de la expresión oral y gráfica.

La tendencia a la uniformización en el seno de nuestra sociedad, plantea S.Masson, conduce al individuo en muchos ámbitos a luchar contra las necesidades orgánicas o identificarlas con las de la sociedad en la cual vive, de manera que ésta no parezca impuesta “(...) Esto es lo que hace que la mayoría de los adultos vivan detrás de una máscara, esta máscara es la cara que a uno le gustaría tener ante los demás y ante sí mismo.” (MASSONS, 1978:68).

Aquella característica, que reproduce en la sociedad lo que ocurre en el propio desarrollo individual (donde se da una evolución de conductas intelectuales por sobre las tónico-emocionales) se traslada, en ocasiones, con preciosidad, a etapas del desarrollo infantil. “(...) el adulto occidental trata de controlar, de camuflar su afectividad e intenta enseñar al niño a realizar lo mismo prematuramente.” (AUCOUTURIER, 1985:23).

Descuidando, podríamos agregar, que en este período lo cognitivo se afianza sobre la exploración de la realidad pero lo emocional no ha perdido aún su protagonismo (ni debiera hacerlo).

Nuevas interrogantes aparecen entonces sobre la interacción que desencadenan las expresiones emotivas: ¿Cuáles son las modalidades expresivas que se nos han formado a cada uno (adultos insertos en esta cultura)? ¿Cuáles las riquezas expresivas, personales, que favorecen la comprensión del otro en una auténtica relación de empatía? ¿Cuáles son los significados sobreimpresos a la expresión emocional a consecuencia de los grupos humanos en los cuales, cada uno, se ha desarrollado? ¿Cuál el crecimiento (teórico, práctico y personal) capaz de enriquecer la modalidad de interpretación inconsciente que despliega el cuerpo emocional en la relación?

Suzanne Massons se refiere a los procesos de “educación” a través de los cuales la sociedad impone la transmisión de pautas culturales y los diferencia de los procesos de “autoeducación” que, sin ser totalmente independiente, está determinada por la acción de otras fuerzas de construcción personal:

“La educación nos forma a cada uno de nosotros como un miembro de una sociedad humana determinada e intenta crear, en la medida de lo posible, a seres que se asemejen. La autoeducación, por el contrario, trata de preservar los factores esenciales de la formación del individuo en todo su comportamiento y lógicamente, debería acentuar las diferencias hereditarias (...)” (MASSONS, 1978:68).

Podríamos considerar que la Formación Personal por vía corporal, que realiza durante su vida el psicomotricista, se inscribe precisamente, en un proceso de escucha personal y autoeducación cuyo objetivo es el desarrollo de lo que Aucouturier (1985) nombra como una competencia relacional a través de la cual se busca desarrollar, al mismo tiempo, la capacidad de escucha del otro y la escucha y el control particular de sí mismo, lo cual que permite, con un mínimo de esfuerzo consciente, estar atento a las reacciones tónico-emocionales al mismo tiempo que a las producciones del otro: “(...) esta formación nos hace recorrer la vía de la conquista de una “espontaneidad” controlada, un poco como el artista que pone a contribución de su papel, todo el dominio de su sensibilidad y de su emoción profunda.” (ibidem:66).

REFLEXIONES FINALES

La construcción de este trabajo demandó una revisión de la cualidad expresiva del cuerpo en el desarrollo de actitudes emocionales, una valoración de la actitud corporal, en tanto que es un emergente de los estados afectivos. Permitted indagar la cualidad discursiva de la postura y su proyección en la emisión de la voz, particularmente, vinculada a la expansión de la función tónica durante una resolución orgánica que genera sensaciones de placer.

Pero, al mismo tiempo, fue develando la complejidad que encierra la vivencia emocional y las variables que interactúan para su expresión: el protagonismo de la matriz tónica (sobre la cual se manifiestan las tensiones que provienen del aumento de excitación) y, con ello, la sensibilidad de la postura a los cambios afectivos así como también, los desencadenantes de esa resolución primitiva, arcaica, (que se experimenta “oportuna” cuando genera alivio fisiológico), los desencadenante cognitivos y afectivos.

Habilitó también una reflexión sobre del impacto que produce la expresión emotiva en el entorno de congéneres y una, rápida, consideración de su inserción en sistemas de comportamiento simbólico y conceptual (que generan la paulatina moderación de sus expresiones y las subordina a los usos y modelos culturales del grupo en el cual se desarrolla el individuo). Pero al mismo tiempo ese énfasis, fue dejando en evidencia el carácter protagónico del Grupo que recibe la expresión emocional-afectiva y enriquece con sus respuestas la original conducta fisiológica, determinando una apertura en el espiral del desarrollo individual hacia los otros, los iguales, los distintos, los que accionan o re/accionan la existencia individual.

En esa función del Grupo interactuando con un comportamiento de arraigo fisiológico se vislumbró la riqueza de la Práctica psicomotriz.

De la interacción primaria entre madre e hijo se desprenden las inferencias que construimos acerca del valor estructurante de la regularidad (reproducida por el Encuadre) para habilitar la irrupción de la novedad, lo sorprendente lo imprevisto; es decir para el desborde de las certezas previas y aseguradoras. Se desprende, también de ese modelo de relación la necesidad de introducir (y aceptar) los saltos, cambios, rupturas que (siempre y cuando respeten la tolerancia del interlocutor) cobran un valor adaptativo porque trascienden la existencia concreta y nos introducen en una nueva fase de la relación (con el otro y también con la realidad).

La revisión del vínculo primario nos clarifica sobre los umbrales de tolerancia y los indicadores naturales que el otro emite para regular la relación; nos devuelve, por lo mismo, al inicio de este Tema: a la actitud, la postura (irreflexiva), a la emisión (inconsciente) del cuerpo y la expresión afectivo-emocional. Es decir nos deja parados al inicio del mismo, pero esta vez con ojos de interlocutor. Nos hace revisar nuestra capacidad de empatía, nuestra capacidad de sostener la disimetría de roles y proseguir los itinerarios de maduración planificados para el desarrollo de cada niño. Nos hace repensar nuestras propias modalidades expresivas: nuestras miradas y sonrisas, nuestras (¿habituales? o ¿excepcionales?) risas y carcajadas o nuestra modalidad de responder a esa llamada cuando se presenta. Por lo tanto interroga las condiciones de nuestra existencia: ¿cuáles son las variables que componen el macrorritmo de nuestra existencia? ¿a cuáles, otros, aspectos les cedemos la condición aleatoria de nuestra vida? es decir, ¿cuáles componen el marco dentro del cual los imprevistos, las interrupciones, las incertidumbres, las frustraciones amenazan?

A la luz de esas interrogantes, personales, aparecen necesariamente, las de la interacción: cuál será el marco que oficia como resguardo para la existencia de los otros, aquellos con quienes interactuamos en Sala de Psicomotricidad?

La construcción de este trabajo se realizó sobre un constante ir y venir de los aspectos individuales a los sociales, es decir que reproduce, escasamente, la naturaleza del fenómeno estudiado y engarza los dos polos entre los que oscila la construcción de la existencia humana; no consigue, por lo mismo, más que introducir un tema y recorre a paso veloz, los lugares por donde la curiosidad personal se encuentra con el pensamiento de otros, en una investigación durante la cual lo más difícil ha sido: la descentración afectiva para observar y analizar.

BIBLIOGRAFIA

- *AUCOUTURIER, B.; DARRAULT, I.; EMPINET. JL. (1985): **La Práctica psicomotriz: reeducación y terapia**. Barcelona: Ed.Científico-Médica.
- *ANZIEU, D. (1994): **El Yo-Piel**. Madrid. Biblioteca Nueva.
- *BARRAN, J.P. (1990/1992): **Historia de la sensibilidad en el Uruguay**. Montevideo. Ediciones de la Banda Oriental.
- (1990): Tomo 1, *La cultura bárbara (1800-1860)*. [5ta. Reimpresión]
- (1992): Tomo 2, *El disciplinamiento (1800-1860)*.
- *BERGÈS, J. (1997): **El infante hiperquinético**. Conferencia dictada en Buenos Aires, Asociación Argentina de Psicomotricidad, octubre de 1997.
- *BETHELHEIM, B. (1987): **La fortaleza vacía**. Barcelona. Ed. Laia.
- *BERTHERAT T. (1987): **El cuerpo tiene sus razones**. Barcelona. Ed. Paidós.
- *CONTANT, M. y CALZA, A. (1991): **La unidad psicosomática en psicomotricidad**. Barcelona. Ed, Masson.
- *CHOCLER, M. (1994): **Los organizadores del desarrollo psicomotor**. Bs. As. Ediciones Cinco.
- *DARWIN CH. (1984): **La expresión de las emociones en los animales y en el hombre**. Madrid. Alianza Editorial.
- *GIDDENS, A. (2001): **Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas**. España. Ed.Taurus. [2da. Ed.]
- *JACOBSON, E. (1971): **Depresión : estudios comparativos de condiciones normales, neuróticas y psicóticas**. BS.AS. ED. Amorrortu.
- *JUNG, C. (1997): **El hombre y sus símbolos**, Trad. Luis Escobar Bareño. Barcelona. Biblioteca Universal Contemporánea. [6ta. Ed.]

- *LAPIERRE A. (1997): **Psicoanálisis y Análisis corporal de la relación**. Bilbao, España. Editorial Desclée de Brouwer.
- *LAPIERRE, A.; AUCOUTURIER, B. (1980): **El cuerpo y el inconsciente en educación y terapia**. Barcelona. Científico-Médica.
- *LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J.B. (1971): **Diccionario de Psicoanálisis**. (Nota sobre “Pulsión”). Barcelona. Ed. Labor.
- *LOWEN, A. (1991): **Bioenergética**. México. Ed. Diana.
- *(2001): **El lenguaje del cuerpo: dinámica física de la estructura de carácter**. Barcelona. Barcelona. Herder. Biblioteca de psicología. [5ta Ed.]
- *LOWEN, A., LOWEN, L. (2000): **Ejercicios de bioenergética**. Málaga. Ed. Sirio. [7ma. Ed.]
- *MARCELLI, D. (2000): **La Surprise. Chatouille de l'âme**. París, Éditions Albin Michel.
- *MASSON, S. (1985): **Las relajaciones**. Método Moshé Feldenkrais (67-71). Barcelona. Gedisa.
- *MATOSO, E. (1992): **El cuerpo territorio escénico**. Bs.As. Paidós - Técnicas y lenguajes corporales.
- *PAIN, S. (1985): **La génesis del inconsciente**. Bs.As. Ed. Nueva Visión.
- *PAMPLIEGA DE QUIROGA, A. (1996): **Matrices de aprendizaje. constitución del sujeto en el proceso de conocimiento**. Bs. As. Ediciones Cinco.
Cap 3: Una análisis de la relación entre estructura social, organización familiar y modelos de aprendizaje y vínculo. Los aportes de Margaret Mead y Wilhelm Reich, (22-31). Bs. As. Ediciones Cinco
- *PICARD, D. (1986): **Del código al deseo: el cuerpo en la relación social**. Bs.As.Paidós.
- *SCHILDER, P. (1983): **Imagen y apariencia del cuerpo humano**. Bs As. Paidós.
- *SPITZ, R. (1999): **El primer año de vida**. México. Fondo de Cultura Económica.
- *STERN, D. (1983): **La primera relación madre-hijo**. Madrid. Morata.
- *TOSAR, M.A. (1985): **Curso de psicología, Vol.2: Psiquismo y conducta animal (etología)**. Montevideo. Casa del Estudiante.

- *TRAN-THONG (1981): **La teoría de las actitudes de Henri Wallon y sus consecuencias educativas.** En *Introducción a Wallon; Vol.1: Wallon y la psicomotricidad*, (177-199). Por Laboratorio de Psycho-Pédagogie, Universidad de Caen. Barcelona. Ed.Médica Técnica.
- *WALLON. H. (1979): **Los orígenes del carácter en el niño.** Bs. As. Ediciones Nueva Visión.
- *WALLON, H. PALACIOS, J. (comp.) (1987): **Psicología y educación del niño : una comprensión dialéctica del desarrollo y la educación infantil.**
- *ZAZZO, R. (1981): **Orígenes y actualidad del pensamiento de Henri Wallon.** En *Introducción a Wallon; Vol.1: Wallon y la psicomotricidad*, (15-23). Por Laboratorio de Psycho-Pédagogie, Universidad de Caen. Barcelona. Ed.Médica Técnica.